

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXI

San José, Costa Rica **1935** Jueves 5 de Diciembre

Núm. 4

Año XVII — No. 740

SUMARIO

Casi son	Rafael Alberti	El último libro de Mariano Picón-Salas	Fernando Santiván
Veámonos en el espejo de Puerto Rico	Juan del Camino	Nueva poética de Pablo Neruda	Mariano Picón-Salas
Se está forjando un pueblo en las prisiones	Carlos Reyes	Tres poemas	Pablo Neruda
¿Qué hora es?		Pase a un huésped (1)	Mariano Picón-Salas
Niño y libro	Gabriela Mistral	Mariano Picón-Salas y su "Registro de huéspedes"	Alone
Barbusse visto de cerca	Eugenio Labarca	Cómo se hace ingeniero un negro en Colombia	Enrique Naranjo Martínez



Madera de Max Jiménez

Casi son

= Envío de Mario Sancho. Cartago, C. R.
De Social Cine. Panamá =

Negro, da la mano al blanco.
Blanco, da la mano al negro.
Mano a mano,
que Cuba no es del cubano,
que es del norteamericano.

Ves, ves, ves?
El negro va a cuatro pies,
el negro baila la rumba,
y aunque se vuelva tarumba
del derecho o del revés,
ves?,
el negro va a cuatro pies.

Mano a mano,
Que Cuba no es del cubano.

Digo, dice, dice, digo,
digo que el cañaveral
sabe muy bien que el Central
muele con viento enemigo.
Te lo dice un negro amigo:

Blanco, tú no ves
que el blanco va a cuatro pies?
Tú, tan listo, y no lo ves!

Los yanquis vienen volando,
urracas azucareras,
urracas que urraqueando
hasta nos están llevando
el aire de las palmeras.

Negro, da la mano al blanco,
dala ya,
dásela ya.
Blanco, da la mano al negro,
dala ya,
dásela ya,
y al yanqui que viene y va,
negro, dale ya,
blanco, dale ya,
negro y blanco, dale ya.

Mano a mano,
contra el norteamericano.
Negro, mano a mano.
blanco, mano a mano.
Negro y blanco, mano a mano,
mano a mano,
mano a mano.

Rafael Alberti

Veámonos en el espejo de Puerto Rico

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración. Costa Rica y diciembre del 35 =

Ojalá fueran leídas en estos pueblos por miles y miles de almas preocupadas las acusaciones severas del puertorriqueño Juan Antonio Corretjer contra el imperialismo yanqui (1). Puerto Rico es posesión yanqui y por lo mismo está convertido en factoría miserable. No otra cosa espera a todos nuestros pueblos. Lo que el Departamento de Estado ensaye y clave brutalmente en Puerto Rico, le servirá para sus siguientes conquistas ya iniciadas y a la vuelta de poco tiempo en completa realización. Es aquello el espejo en donde están proyectadas las realidades de que seremos víctimas. Sólo que el imperialismo les pone velo y nos las oculta para no asustarnos y evitar así que a tiempo lo contengamos.

Mas el puertorriqueño quiere liberarse y habla con serena vehemencia. El imperialismo yanqui tiene en el puertorriqueño enemigo tenaz. Corretjer expresa el sentimiento general de protesta contra el vasallaje. Más de medio siglo hace que ese pueblo está pateado y humillado y el alma sigue altiva y esperanzada buscando la redención colectiva. El problema es colectivo y se salvan todos del imperialismo o el imperialismo los vuelve a todos ruina miserable. Y como la defensa que Puerto Rico haga es también la defensa de estos pueblos, no podemos enterarnos de sus quejas y rumiar indiferencia. Lo que el puertorriqueño diga es para que lo repitamos con su misma fuerza condenatoria y señalemos el mal directamente en el imperialismo yanqui. ¿Por qué está Puerto Rico en cautiverio? Porque "tiene dos poderosas fuentes de vida: un suelo riquísimo y el mar". En su privilegiada geografía encontró la Antilla su desgracia. El Departamento de Estado obtuvo de sus expertos los informes que lo hicieron codiciar la isla. A toda conquista del imperialismo precede siempre el relato detallado de esas avanzadas de la piratería. Y como el coloniaje español tenía posesión anticipada necesitó la nueva rapacidad desalojar a su rival para dominar. Y el suelo excelente y el mar estratégico fueron de la avalancha imperialista.

¿Qué ha hecho el Departamento de Estado con el mar y con el suelo de Puerto Rico? Del suelo desalojó al nativo y lo convirtió en arrimadizo. Del mar aventó con fuerza de huracán maldito las innúmeras embarcaciones que daban vuelta a la isla trayendo y llevando sus productos en una actividad fecunda y libre. "El puertorriqueño—dice Corretjer—, isleño al fin es buen agricultor y buen marino. La tierra, el cielo, el mar, todo en un solo revelador paisaje, están en él en una dimensión de intensidad. La presencia de esta trinidad elemental es notabilísima, no sólo en lo físico, sino

en lo espiritual. Sin embargo, no convenía a la Madre Patria la creación de una rica flota isleña y se ocupó ella de suministrar la que era indispensable al comercio. Más tarde la avidez del imperialismo yanqui mató de raíz el pequeño cabotaje y monopolizó el mar con sus explotadoras corporaciones navieras. El arruinado comercio boricua paga hoy la tarifa de fletes más alta del mundo". Y con el suelo de una área apenas proporcionada para el crecimiento desahogado del pueblo de Puerto Rico no hizo cosa indiferente el imperialismo.

No cerremos los ojos que nos han de precipitar a la esclavitud si no los usamos para ver estas iniquidades. El puertorriqueño está lejos, decimos, y no llegará a nosotros su desgracia. Sin embargo, la distancia es en este caso puro engaño. Ya dijimos que Puerto Rico es el espejo y en mirarlo está nuestra salvación. "Sobre esta tierra bendita, productora desinteresada de millones, podría el nativo vivir, aun en nuestros tiempos crueles de crisis, en una sobria felicidad". El Departamento de Estado aplicó su política de conquista y desalojó de la tierra al puertorriqueño. Llegaron inmediatamente después de haber pasado la isla al dominio del imperialismo de los Estados Unidos, las absorbentes organizaciones yanquis y se cogieron la tierra. Este es el drama aterrador del imperialismo. Siéntanlo nuestros pueblos. No se vuelvan tardos para comprenderlo. Con el pretexto de industrializar a Puerto Rico cercaron las compañías yanquis su suelo. Produjeron en abundancia café, caña, tabaco de las mejores calidades. Pero lo produjeron yanquis para el yanqui que vive en los Estados Unidos. El nativo fué en esa industrialización nada más que el peón miserable despreciado y con salario ínfimo. El producto del suelo riquísimo tuvo mercados nada más que en Norteamérica. Pero la tierra yanqui también es cultivada y produce. De modo que lo que de las posesiones se

importe establece competencias y el yanqui tiene que matarlas. "Para proteger la industria tabacalera yanqui las compañías refaccionarias y elaboradoras se retiraron inesperadamente arruinando en su totalidad una zona que había sido famosa por su riqueza"

Ante todo la nación yanqui. Esta es realidad que nos revela el puertorriqueño que señala la ruina de la industria tabacalera cuando el yanqui necesitó salvar la suya propia, la que sale de su misma tierra. Como Puerto Rico es factoría, una simple orden bastó para que las florecientes vegas tabacaleras se perdieran. Así es el trato que aplica el imperialismo a los pueblos en vasallaje. Debemos ver en esa denuncia la más amenazadora de las armas que el imperialismo nos aplicará cuando logre sus fines. Y aun sin lograrlos. No dependamos del yanqui. Nuestras industrias, nuestra agricultura deben librarse de la dependencia tal como la quieren imponer los inicuos tratados comerciales que el farisaico Presidente Roosevelt ha inventado en su política del buen vecino. Tales tratados no son más que sumisión al mercado yanqui. Nos abren el mercado para lo que producimos. Pero debemos abrir nuestras aduanas para lo que los Estados Unidos producen. Y mentira que a esa nación imperialista interese encauzar hacia ella la inmensa producción americana. Llega, como el tabaco puertorriqueño, a desalojar la propia producción en ciertos aspectos. Y entonces aplican las restricciones que no son más que ruina para los pueblos que en hora oscura se ligaron con el Departamento de Estado por medio de tratados comerciales.

Al imperialismo yanqui sólo interesa dar salida a sus productos, tener mercado para ellos. Cuando nos impone el tratado ya sabe que sólo él será el beneficiado. Somos la factoría. Puerto Rico nos dice lo que allí pasa. "La superproducción yanqui se arroja sobre Puerto Rico a donde entra libre de derechos, y a través de agentes en el país arruina el pequeño comercio y la pequeña agricultura de mantenimiento nacional". Lo mismo hará cuando tenga atados a pueblos que se afana en tratar como si fueran libres. Allá es la posesión. Aquí será el buen vecino con la soga miserable del tratado comercial. No hay diferencia. El imperialismo sólo tiene a sus pies territorios sobre los cuales necesita echarse dominante.

Saquemos otra realidad dolorosa de la acusación de Corretjer. "Roto todo vínculo con el mercado europeo y víctima de la contribución y de la usura, la industria cafetalera no ha podido rehabilitarse del pasado ciclón". ¿Qué es en el fondo lo que el tratado comercial estilo yanqui pretende hacer con nuestras industrias y nuestra agricultura? Romper conexiones, acabar con las relaciones europeas que desde hace años son las que mantienen en nivel de prosperidad industrias y agriculturas. El café de Puerto Rico sólo tiene el mercado yanqui y es café en

LA COLOMBIANA

Sastrería de F. A. GOMEZ Z.

OFRECE los mejores Casimires Ingleses, el mejor sistema de corte y los mejores operarios para la confección de sus trajes.

Si Ud. no es cliente, mande hacer su vestido en esta su casa.

El próximo lunes se hace la Serie MEDELLIN. Quedan pocas Acciones

Av. Central frente a Cías Eléctricas

TELEFONO 3283

(1) Véase el N.º 2 del Rep. Am., lomo en curso.

ruinas. Son muchos los países que envían café a los Estados Unidos y como la factoría es Puerto Rico para Puerto Rico es el sacrificio. El día que hayamos cometido el crimen de exportar el café sólo a los mercados yanquis halagados por precios altos del momento y obligados por tratados comerciales, ese día será el comienzo de la ruina de la industria cafetalera. Puerto Rico es un espejo.

Veámonos en ese espejo. Para que nos podamos ver es que habla el puertorriqueño denunciando las desgracias en que lo tiene sumido el imperialismo yanqui. Por los pueblos de la América debe circular para que lo lean millares y millares de almas preocupadas lo que cuenta el puertorriqueño a quien no ha podido quebrantar la iniquidad del imperialismo yanqui. Así abriremos los ojos. Porque es necesario abrirlos y no volverlos a cerrar jamás. Cada día el imperialismo yanqui nos invalida más. Ahora con el segundo Roosevelt la maniobra es la concesión. El suelo es entregado vilmente. Con cualquier pretexto damos leyes para que las organizaciones que el imperialismo yanqui mantiene distribuidas por la América se apoderen de inmensas extensiones de tierras, o cierren las rutas aéreas, o cojan los mares. El imperialismo sabe cuánto

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

valen tierras y mares. No lo saben estos pueblos y dan al imperialismo por nada sus reservas, las reservas por las cuales llora hoy en sus desgracias el puertorriqueño.

Pensemos en Puerto Rico. No es ruina lo que el imperialismo yanqui ha metido en el alma del puertorriqueño. Es rebeldía y decoro. Inmensos alardes de civilización ha hecho ese imperialismo en la Antilla nuestra. El puertorriqueño no se ha descastado. Juan Antonio Corretjer es un ejemplo varonil. Con el puertorriqueño estamos.

puede cortar a tajadas. Sin embargo, ningún aprista flaquea ni pierde su buen humor, sobre todo los fajistas, esos bravos muchachos que, apenas alborea —el alba es tan mezquina como en cualquier cueva— entonan los encendidos cantos de su partido. "Es hora de Diana. A levantarse muchachos", pasa la voz de orden alguno de ellos. Y cantan... cantan llenos de esperanza y de fe. Poco más tarde hacen, por turno riguroso, la limpieza de estos calabozos medievales. Luego hacen ejercicios físicos y respiratorios. "Tenemos que cuidarnos para servir a nuestro partido", me indica uno de los más viejos con un acento de profundo convencimiento. De 9 a 11 el más preparado dicta una conferencia o una clase. Los demás escuchan en un silencio que ni las moscas se atreven a romper. A la clase sigue la "hora de discusión". Jamás una frase descompuesta entre ellos que son "hermanos en el dolor", como se llaman, y a la verdad que son como nunca lo han sido los hombres! A las once y media reciben el rancho, una comida de perros, en latas de conserva. Ante esta escena pienso cómo los hombres pueden encañalarse tanto, pero también pienso que a pesar de ellos en las cárceles se está forjando un gran pueblo.

Me llamó la atención, entre todos estos presos, un hombre de unos cincuenta años de edad, enflaquecido pero con unos ojos brillantes. Vestía una camisa de percala y un pantalón de algodón, ambos raídos. Llevaba los pies descalzos. Me acerqué a él y le hice varias preguntas. Y supe que era de Iquitos, que tenía 14 meses de prisión y que no poseía más ropa que la que llevaba encima. ¿Los motivos de su prolongada prisión? Ni él mismo lo sabe! Es aprista, y eso es todo. "No es nada, compañero — me creyó compañero" — el Jefe ha estado 16 meses y quizá en peores condiciones". Así habló ese hombre, que es un místico del aprismo, arrancado desde la zona tórrida del Amazonas para sepultarlo en ese tétrico frigorífico!

En la "Comisaría del Sexto", prisión menos cruel que la anterior, la forja de un nuevo pueblo se hace en mayor escala. Son 400 presos, muchos de ellos con un año de reclusión. La

Se está forjando un pueblo en las prisiones

Las cárceles se han convertido en Ateneos

Por CARLOS REYES

= Envío de Julián Petrovick. Lima, Perú. Noviembre de 1935 =

Sólo de incógnito y extraoficialmente se puede visitar las prisiones de Lima y Callao, que en la actualidad encierran poco más de mil presos políticos, en su mayoría, sino en su totalidad, apristas de todas las edades, desde adolescentes hasta viejos, y de todas las clases sociales, menos, por supuesto, de la aristocracia. La mayoría son proletarios. Médicos, abogados, ingenieros, profesores, escritores y empleados completan la cifra.

Las prisiones más importantes por su historial policiaco y por la cantidad de presos que guardan entre sus muros implacables son las siguientes: "El Frontón", una isla a cinco millas de Callao, a la que envían a los presos comunes sometidos a rigor; el "Real Felipe", fortaleza en la que opuso tenaz resistencia en la guerra de la emancipación el general español Rodil, la misma que se utilizó para defender la república del último intento de reconquista de los españoles, el año 1866; el "Panóptico", principal penal peruano en el que epilogaron su gobierno casi todos los presidentes; la "Comisaría del Sexto", la antes famosa "Comisaría de Ate" de trágico recordatorio; y por último, la "Intendencia" situada en

la "Casa de Pizarro", por lo tanto, inmediata al Palacio de Gobierno; los separa sólo una pared.

Existen muchas otras cárceles, pero ellas no sirven sino de prisión incidental o momentánea; aunque en los últimos tiempos han sido habilitadas debido a la enorme cantidad de presos. En la época de Sánchez Cerro pasaron de cinco mil. En la presente han llegado hasta dos mil. (Obsérvese que se trata únicamente de Lima y el Callao).

Por la "Intendencia", que es el cuartel general de la "Brigada de Soplones", tienen que pasar todos los presos. Ya de aquí son distribuidos a las demás prisiones, según sea mayor o menor la peligrosidad de cada uno de ellos o simplemente —caso general— a capricho de la "soplonería". Los cuatro calabozos — los llamaremos preventivos por no llamarlos de otro modo — carecen aún de los más indispensables servicios de higiene. Una lata de gasolina hace de W. C. El piso es de cemento y el sol jamás penetra en estas bocas de lobo. Muchas veces, los presos, tienen que dormir como en una lata de sardinas sobre periódicos o alguna frazada, si el preso ha logrado conectarse con su familia. La atmósfera nauseabunda se

disciplina aprista aquí como en El Frontón es realmente admirable. Y también aquí como en El Frontón funcionan las Universidades Populares apristas, ya libre o clandestinamente, según sea una fiera o un hombre el comisario. Sólo un morbosos enemigo de la Humanidad podría oponerse a que los presos se autoculturicen. Cuando se vé estudiar con tanta ansiedad y fervor como aquí, en estas cárceles, no podemos menos que pensar que el Perú al fin se salvará, y que los apristas tienen razón cuando proclaman que "sólo el aprismo salvará al Perú". Presos casi desnudos, pésimamente alimentados, pero con una sed insaciable de aprender, estudian y se capacitan con un sentido de responsabilidad sin paralelo. Un pueblo con esta vanguardia tiene asegurado su destino.

A los presos del Panóptico no me fué posible verlos. Están en él todos los condenados por el sinnúmero de Cortes Marciales de la época de Sánchez Cerro y los apristas y otros políticos "de importancia" apresados durante el presente gobierno. Cerca de cien hombres en total. Los sentenciados por las Cortes Marciales —que son los únicos presos procesados— se hallan en la misma situación que los reos por delitos comunes. Las condiciones de habitabilidad y el sistema vigente en este penal avergonzaría a cualquier pueblo civilizado.

Tampoco pude ver a los del "Real Felipe". Muchos de los presos se hallaban en los "aljibes", calabozos bajo tierra que, como su nombre lo dice, son filtraderos de agua.

Si alguien quiere conocer al aprismo ahora que se halla en la persecución y que, por lo tanto, no tiene ni locales, ni comedores, ni policlínico, ni organizaciones visibles, le recomiendo visitar El Frontón, que se ha convertido en una verdadera colonia aprista, y como aprista, en una gran

escuela. Si antes se elogiaba al aprismo por su disciplina, por haber educado al pueblo y tantas otras cosas más, hoy, ante el espectáculo de "El Frontón" tenemos que rendirle nuestra admiración.

Debo epilogar la presente crónica con un pasaje sugerente: "Entré a las prisiones valiéndome de un ardid con la colaboración de un amigo bastante influyente, a quien agradezco desde estas columnas, de modo que pudiera confundirme con los presos: Estaba fumando cuando se me acercó un muchacho, cuando más de unos 18 años, y me pidió que le diera "una pitada". Otro muchacho le observa-

ba sin que nos diéramos cuenta ninguno de los dos. Se acercó y le dijo en tono amable y resuelto: "¿Qué le dices?" Aquel respondió: "Nada, hombre". "Di la verdad. Un fajista jamás miente", repuso. El muchacho le dijo la verdad. Entonces oí que el otro le decía "los fajistas no deben tener ningún vicio. Acuérdate que nuestro código dice: "Joven aprista: prepárate para la acción y no para el placer". "Te prometo por nuestro partido no volverlo a hacer", contestó con el brazo izquierdo en alto, señal de juramento. El otro le pasó cariñosamente el brazo por la espalda y se marcharon hermanados para siempre...



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Niño y libro

Por GABRIELA MISTRAL

= De El Sol, Madrid, 28 de Mayo de 1935 =

Biblioteca y "cine".—Se ha entablado una especie de lucha franca o sorda entre biblioteca y "cine", que se disputan el tiempo libre de los niños. El "cine" gana hasta ahora la partida y atrapa a los niños la tarde del domingo o el sábado.

Una combinación de "cine" educativo en las bibliotecas infantiles sería de aconsejar para que el libro no quede enteramente derrotado por la sala de espectáculo.

Siendo la conquista del niño por el "cine" una expresión solamente de la pasión de la criatura por la imagen, sería conveniente aumentar de un modo extremo la provisión de libros ilustrados en estas bibliotecas e ir eliminando el viejo libro sin láminas o paupérrimamente ilustrado.

Quioscos de libros.—La otra lucha, aparte de la anotada, se desarrolla entre deporte y lectura. También aquí es el deporte quien gana y deja derrotado al libro.

He visto a veces en la biblioteca de niños del Retiro lograrse un buen equilibrio entre ejercicios y lectura.

El ensanchamiento de este servicio de quioscos libreros podría salvar a los niños de llegar a la extremidad a que van derechamente, y que es la de dejar de leer a causa de la boga, creciente y loca, del deporte. No podemos combatir la pasión del ejercicio físico, que representa la reacción saludable de unos pueblos que hasta hace poco lo tenían abandonado y con daño tremendo para su vitalidad.

El niño deportista acepta leer en los descansos de sus juegos, y esta condescendencia llega hasta una alegre buena voluntad.

La renovación constante del repertorio de los quioscos es absolutamente necesaria. Anaqueles conocidos y resobados pasan a ser cosa muerta. Un servicio giratorio de libros entre los quioscos de parques y paseos de la ciudad se aconseja, aunque parezca que sobre el encargo. La lectura es un hábito que vive de novedad; la lectura debe ser batida como el aire de las habitaciones por unas aspas de ventilador que aviente lo ya inhábil por rancio.

Lectura libre y programas escolares.—La instancia, el pregón y la exigencia para que el niño lea quedarán inútiles mientras las escuelas de casi todas partes tengan unos programas tan recargados que se devoran en pulpo, fuerza y tiempo del niño.

Solamente quienes tienen un estudiante en casa saben que, o el niño lee aventando sus tareas escolares, es decir, sacrificando colegio y calificaciones, o sencillamente no podrá leer de veras, sino en el refugio de sus vacaciones. Esta es la realidad, y hay que quedarse con ella y no ponerse a planes de lectura encima del lleno completo de la semana escolar.

La consecuencia del hecho será mirar mu-

MAS DE 25 AÑOS DE LABORATORIO

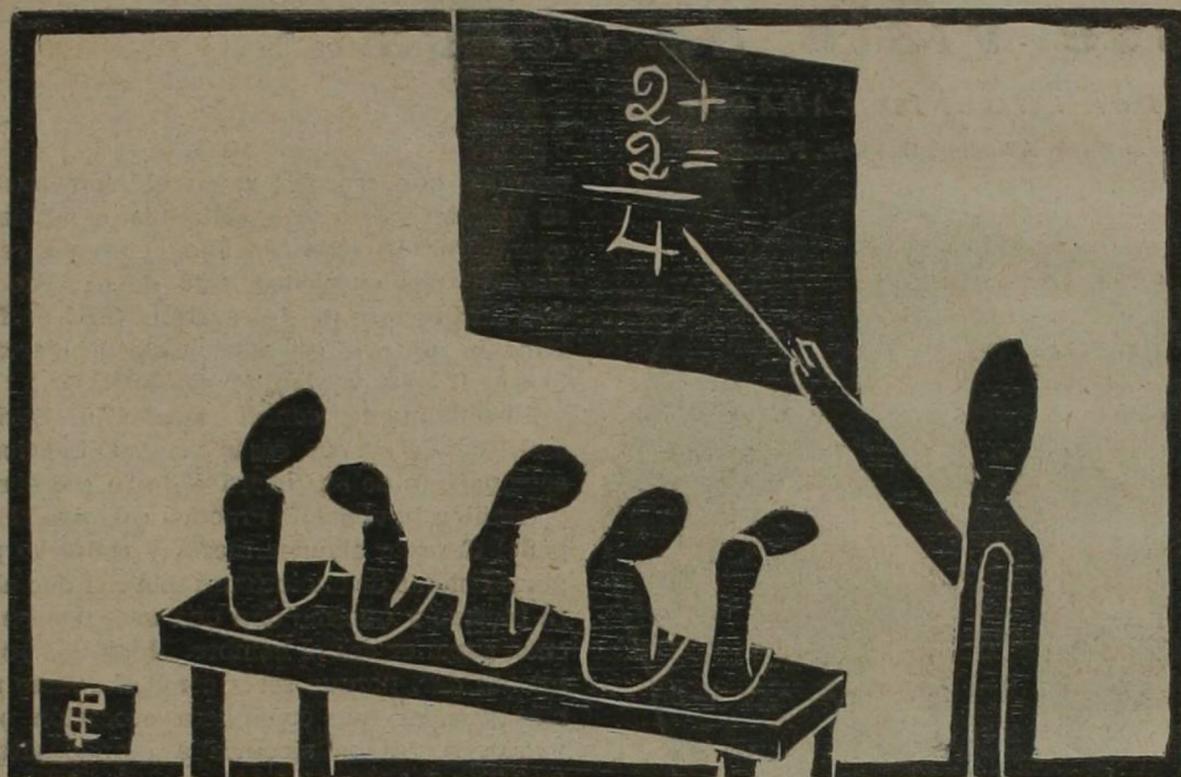
— CON MAS DE —
300.000 EXAMENES

son LA MEJOR GARANTIA del

LABORATORIO

— DEL —

Licenciado CARLOS VIQUEZ



La verdad les dió sueño

Madera de Emilia Prieto

cho por una lectura posible y holgada durante ese período de vacaciones, para nuestra empresa de hacer leer.

Las clases pudientes llevan sus niños a mar o montaña en esos meses; las pobres también logran mandarlos a playas o alturas en las llamadas colonias escolares.

Por lo tanto, viene a ser de mucho cuidado el movilizar una biblioteca de niños hacia esos lugares de concentración, por volverse ellos el punto estratégico de unas masas infantiles y en pleno período propicio para que ellas se entreguen a la lectura sin tener delante el coco o el fantasmón de las lecciones.

Es lo frecuente que ni los padres se ocupan de hacer un acarreo copioso de libros para sus hijos en esta ocasión ni que en los pueblos de veraneo, a menos de tratarse de ciudades de lujo, haya a mano una biblioteca infantil.

Bibliotecas circunstanciales.—La Fiesta del Libro, invento de muy buena fortuna, puede lograr en dos o tres años la dotación de biblioteca en la escuela pobre.

Las familias se allanan a hacer el obsequio de un volumen, y cae una lluvia cerrada de libros sobre la escuela, lo que significa poblar en un día los muros de la sala pertinente sin esperar dotaciones oficiales.

Pero resultan una calamidad estas graciosas y no agraciadas bibliotecas. Las familias regalan, o bien libros que nunca se leyeron en casa, extraños bichos, curiosas abracadabras, o mandan volúmenes de una vejez indecorosa por su estropeo, o se desprenden de obras saturnianas que hicieron el deleite de los abuelos, pero que no encandilan ni al hijo ni al nieto.

Nace así una cómica biblioteca, verdadero aborto institucional, que me he encontrado en varias partes, hija de la pobre fiesta de circunstancia y ofensora de la misma.

A un maestro digno de su función no le queda sino hacer un auto de fe con esta malaventurada cosecha del Día del Libro, si quiere limpiar de roña sus anaqueles y dejarlos libres para apostar otros huéspedes más serviciales.

Aconsejaríamos a los maestros gestores de esta linda festividad del Día del Libro el pedido desembozado y hasta impertinente de regalos, según una lista de obras que puedan

procurarse a los donantes y que formen un repertorio válido para escuela. Los padres de la triste ocurrencia de regalar lo jubilado de sus propios gustos entenderán y tal vez hasta celebren la pícaro jugada...

Maestros y bibliotecarios.—Y a propósito de lo anterior, hay que decir algo de estos dos oficios, amellizados en las ciudades pequeñas por razones de economía.

Parece, de tan relacionados que se hallan, que pueden hacer conjunción natural; pero no siempre la alianza resulta tan excelente como creemos.

El bibliotecario profesional acepta más fácilmente el concepto de que la lectura del niño entre los siete y los doce años va desde una recreación educativa a una recreación lisa y llana. El bibliotecario-maestro ve casi siempre en la lectura libre de sus chicos otra manera de clase, en la cual él ha cedido la disertación a su colega el libro, al que busca todo lo seriote y sabihondo que se pueda... Prefiero el bibliotecario profesional, aunque lo sé una pieza de lujo en nuestros países pobres y desprovistos aun de los fondos ne-

cesarios para hacer la dislocación de los oficios soldados.

Cuesta mucho arrancar a los maestros de su celo vicioso por instruir en cada hora—hasta en el sueño lo quisieran—y llevarlos a la flexibilidad sonriente de hacer leer por ir dando una lectura desinteresada hasta clavar en el niño la pasión subida de leer.

Lectura por los bibliotecarios.—Entre las iniciativas ingeniosas para crear en los chiquitos la apetencia de leer, están la "Hora del cuento" en la escuela o la lectura por el bibliotecario en la misma sala de libros.

Recorre ahora nuestros pueblos una fiebre de la recitación poética, que se ha vuelto un género teatral bastante socorrido de los públicos. El ver esta moda asentada fácilmente en nuestros países me ha hecho pensar en la utilidad preciosa que tendría el formar, en vez de esas recitadoras de tablado, un equipo de maestros y bibliotecarios que sepan leer bellamente, con donosura y magia, despertando por un lindo recitado en prosa la avidez de leer la pieza completa que se oyó a medias o la obra congénere.

Porque una de las causas del desganado o desabrimiento de nuestros niños hacia la lectura viene de lo mal que se lee en la escuela, de que la persona didáctica (y la prueba la pone quien esto escribe) aprendió a dar lecciones y no a leer con donaire o claridad.

Mayor bien que muchos cursos de esos llamados de especialización traerían unos de buen leer y de buen contar, hechos para maestros y bibliotecarios. El resultado de ellos podría ser un despliegamiento de la lectura del aula, una promoción del leer corriente a ejercicio selecto y un desperezarse de la lectura en general.

Para todos sus regalos
y trabajos artísticos
recuerde siempre la

JOYERIA

DE—

Scriba & González

AVENIDA CENTRAL

JOHN M. KEITH & CO., INC.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Motley, New York)

JOHN M. KEITH,
SOCIO GERENTE.

RAMON RAMIREZ, A.
SOCIO GERENTE.

Barbusse visto de cerca

Por EUGENIO LABARCA

= Envío del autor. El Havre. Francia =

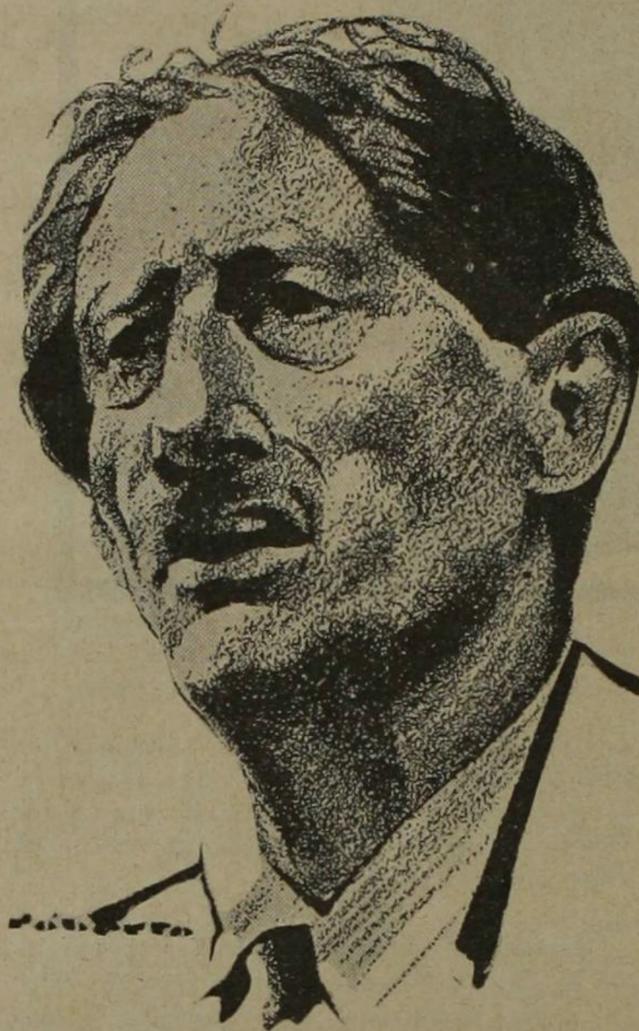
Henri Barbusse ha muerto el 30 de agosto en Moscú. Había nacido en Asnières, alrededores de París, el 17 de marzo de 1874. Débil desde la infancia, empobrecida su salud durante la guerra, no ha resistido el invierno ruso: se lo ha llevado una neumonía, en ocho días.

Hijo de periodista, Barbusse se estrenó intelectualmente en el periodismo. Joven licenciado de filosofía, envió una novelita a un concurso literario abierto por "L'Echo de París". Entusiasmó a Catulle Méndes, presidente del jurado, invitó éste a Barbusse a que se diera a conocer en la redacción del periódico, y el nuevo escritor pasó luego a formar parte de la mesa directiva del diario que por entonces parecía vanguardista. Todo esto sucedía antes de 1900.

Introducido en el mundo literario de la época, Barbusse fué un excelente colaborador de Méndes, de Marcel Schwob y de Alfred Vallette, dirigentes de "L'Echo de París". Amigo perfecto de todos ellos, llegó a ser hijo político de Méndes, uniéndose en matrimonio a la menor de las hijas del poeta.

Casi inmediatamente entró como alto jefe al Ministerio de Agricultura y multiplicó sus actividades periodísticas. Redactor de "Petit Parisien", redactor jefe de "Je sais tout", Pierre Laffitte le nombró Director-literario de sus ediciones. Apto como pocos para componer el artículo diario, daba Barbusse, sin embargo, sus veladas a las musas y publicó un primer tomo lírico, "Les Pleureuses", que la crítica acogió elogiosa y en el cual se demostró un buen simbolista que en nada hacía presagiar al escritor realista del futuro. En 1903 revelóse en este orden con su novela "Les Suppliants". En 1908 publicó "L'Enfer", de profundo sentido pesimista, y algunos años más tarde el célebre "Le Feu". Ahí cristalizó su celebridad literaria. El libro tuvo una inmensa repercusión, tanto política como intelectual. Fué traducido a todas las lenguas y la personalidad de Barbusse, acusada por la crítica de oscilante, cobró relieve mundial como apóstol del pacifismo, como internacionalista y como antimilitarista... "El Fuego" le produjo pingües ganancias y pudo desde entonces considerar los cambios de clima que reclamaba su salud.

(Barbusse arrendaba departamento en París, tan modesto como el de Leonardo Pena, ya que ambos habitaban el mismo inmueble de la calle Albert de Lapparent; era dueño de una casita de campo en Senlis y de una pequeña villa en la Costa Azul. Estas tres residencias le eran necesarias: la primera, para estar conectado con la capital; la del campo, para respirar; la de la playa, para lo mismo, según las épocas del año. En nuestra América no se comprende la búsqueda del clima, porque no se conocen los rigores climatéricos de Europa, pero, en el caso de Barbusse, sus enemigos tampoco querían comprender "el lujo del comunista". ¡El lujo! Había que ver de cerca la modestia en que Barbusse se complacía y había que escucharle: "Con esta desgracia mía de tener tres casas, puede decirse que no tengo ninguna. Por donde paso voy dejando papeles, anotaciones, documentos, que me hacen falta..." La señora Barbusse, por su parte, se dolía de igual cosa: "Es muy cansado esto de ser nómades..." Indigna, por lo tanto, que se criticara a Bar-



Henri Barbusse

busse la pretendida oposición entre sus teorías y sus prácticas. Tal oposición no existía. El se sabía condenado a muerte, pues los pulmones se le iban de hora en hora, y no creo yo que el comunismo o lo que sea aconseje a nadie ser suicida. Además, con su pluma había ganado mil veces más que lo que poseía y si la muerte le ha sorprendido pobre es porque daba cuánto podía para el sostenimiento de "Monde", periódico de su propiedad, y para cuanta campaña hubiera en el globo destinada a condenar la guerra).

Barbusse podía condenar la guerra porque se había conducido durante ella como un héroe. Nadie podía enrostrar cobardía a un hombre que por tres veces volvió a la contienda, a pesar de ser declarado incapaz por los médicos. Citado en la orden del día, reconocido por sus jefes como un soldado excepcional, había en él, en su ardor bélico, una fuerza paradójica que sólo puede aclararse a través de una carta publicada ahora por el "Figaro" y que Barbusse escribió desde las trincheras el 25 de junio de 1915: "El oficio que hago aquí es, en efecto, terrible, y el espectáculo diario mucho más espantoso de cuanto es posible imaginar. Pero esta guerra es guerra de ideas, de liberación, y yo tomo tanta parte en ella porque estoy cierto de que ella acabará con mi viejo enemigo, el militarismo!"

No fué así y, por lo mismo, él continuó igual campaña en la paz. La pluma, la palabra, el dinero, las molestias de viajes, todo podía pedirse a Barbusse cuando se trataba de dar un paso hacia la comprensión universal. Llamado a Rusia, fué jugando el todo por el todo. Perdió la vida, pero no la partida, porque es imposible que un apostolado como el suyo sea vano. Algo iba quedando de su fe por los

caminos que cruzaba y, en el momento de su muerte, ya no se le calumnia, como hasta ayer. Por el contrario, aun la prensa reaccionaria por excelencia está de acuerdo en que Barbusse se mostró hasta el final perfectamente fiel a la orientación que le marcaba lo que él creía verdad de conciencia.

Personalmente conocí mucho a Barbusse. Le ví en sus casas, en su escritorio, acompañado de su señora o de su secretaria, y también le ví solo. Practicó conmigo el español durante algunos meses y conservo páginas enteras de anotaciones sobre él que ahora recorro y que me dan una idea precisa de cuán superior era el hombre. Idea que yo no intento dar, porque seres como Barbusse son más grandes que cualquiera evocación pretenciosa. Estaba siempre a grande altura, fuera cual fuera el tema que abordara. Sin embargo, más que la hondura de la frase, más que el brillo de la palabra, lo que de él quedaba vibrando y vibra ahora mismo en mí, era la superioridad espiritual de que parecía aureolado. Para dar idea aproximada de él habría que estar acaso a su altura. Romain Rolland escribirá, sin duda, un capítulo sobre el amigo muerto que tanto se le parecía...

A pesar de lo dicho, transcribo algunas líneas de mis anotaciones sobre Barbusse como mero anticipo y acaso como modesta contribución al monumento moral que se le erigirá algún día:

"Barbusse se pasea de un lado al otro del escritorio, haciéndose chica la pieza para el largo de sus piernas. Y baja para su estatura. Muévase de modo nervioso, extiende los brazos en actitudes cordiales y místicas, ofrece las manos afiladas e incommensurables en gestos de acogida perfecta, amplia, y todo él parece reclamar mayor espacio, más aire, mayor horizonte... No hay, sin embargo, brusquedad alguna en sus actitudes. Por lo contrario, existe armonía perfecta entre su voz musical, de entonaciones cálidas, su mirada dulce, sus ojos soñadores, y el "halo" que un espiritualista reconocería en torno a este hombre".

"Mi último libro publicado es sobre Zola... Zola debe interesarnos en el sentido de que es un excelente observador de la masa, del conjunto, no del individuo. Leyendo a Zola se experimenta la misma impresión que cuando se domina una ciudad desde un aeroplano: se ve el conjunto, delineado a la perfección, pero no como en el mapa, sino como algo vivo que grita su existencia..." (Barbusse fuma y tose, tose y fuma. Habla sobre la misión del escritor): "Es tan grande su responsabilidad que el escritor debe cuidar de cuanto escribe y no dejarse llevar por la facilidad. Igual si habla. No basta parecer brillante, ni locuaz, ni ameno. Esas son virtudes de salón. Flaubert era, en ese sentido, el hombre de letras perfecto: ameno y profundo..." (Vuelve a hablar de Zola): "Zola tenía sobre la guerra ideas bizarras. Creía que era un mal inevitable. ¡Error! ¿Cómo no ha de ser evitable la guerra desde el momento en que se produce a base de una decisión de los hombres?" (Respecto a los libros que pretenden pintar los horrores de la guerra, dice): "Para matar la guerra no es suficiente describirla como un cortejo de monstruosidades. Hay que ir al fondo de la cuestión, evitando ciertos peligros

que dan resultado opuesto al que se debe buscar. Se ha observado que cuando se exhibe a niños franceses la serie de películas de la guerra que han estado de moda, los chicos, ante los dolores que desfilan, no piensan en luchar para evitar el fratricidio, sino que exclaman, ensoberbecidos de rencor: ¡Qué criminales son los enemigos! Y juran vengar tanto horror. ¿De qué manera?... Abrigando en el secreto de sus almitas una revancha más o menos remota, pero revancha, al fin. ¿Cuál?... ¡También la guerra!"

.....
 "Somos cinco personas de mesa. El servicio se hace casi automáticamente. Madame Barbusse dirige todo con los ojos, claros y chispeantes. Nadie quiere perder una sola palabra de cuantas pronuncia Barbusse. Los nombres de Wagner y de Bach son pronunciados con unción por él. Pasamos al "estudio". Barbusse pone la vitrola en movimiento y va tarareando las piezas. Madame Barbusse muestra algunos cuadros de que es autora y él opina sobre los pintores modernistas... Cambia en seguida los discos musicales por otros de "lenguafono", españoles, en honor mío, y Barbusse los sigue con el mismo cuidado y emplea el mismo tiempo que un niño al descifrar lecciones de silabario. Dice: "Así como ya sé algo de ruso, mañana podré saber algo de español. Los problemas de la América Española me preocupan de verdad. Algún día iré allá, sin duda. Desde México me invitan los estudiantes... Y aunque no vaya a América ¿qué pierdo con aprender la lengua?... Yo creo que toda actividad, aun la más opuesta a nuestras aspiraciones inmediatas o futuras, nos es útil, máxime cuando pretendemos que se nos crea escritor. Hay que saber de todo, pero hay que dar finalidad moral a nuestros trabajos... Yo, que he vivido tantos años donde Laffitte, entre libros y revistas, no puedo negar que el tiempo que pasé en el Estado Mayor, haciendo cálculos, me ha sido de tanta o mayor utilidad que el "período de incubación literaria".

.....
 Después de almorzar, Madame Barbusse, tal vez para sacar al escritor de cierto mutismo de que está poseído hoy y que en él es raro, propuso: "¿Quiere ir a Ermenonville?... Está cerca de aquí. Es el sitio en que Rousseau..." Barbusse le cortó la palabra: "Vamos, pero no anticipes nada". (Yo sabía, naturalmente, que Juan Jacobo había meditado en aquellos bosques que fueron de su predilección y que su cuerpo estuvo sepultado allí antes de que se le trasladara al Panteón). Llegamos allá. Nos internamos en la espesura. Bosque digno de grabado romántico, con lago, con cipreses, con cisnes sobre el agua... Al fondo, en una isla circular, como en plataforma aérea cercado de árboles gigantes, un túmulo: el de Rousseau. Epitafio lírico... En torno al túmulo, bancos para los pensativos o filósofos. Bordeamos el lago, en silencio. Barbusse casi no habló. Ganamos nuevamente el automóvil y, ya en marcha, me dirigió esta pregunta: "¿Cree usted en la bondad innata de los hombres?" No alcanzó a esperar mi respuesta, pura agregar: "¡Qué tema! ¡Ya sabe usted cómo se ha discutido esto! Sin embargo, algo hay que es indudable: la vida, generalmente, hace peores a los individuos. ¿Cómo explicarse, si no fuera así, que aun aquellos que han visto de cerca una guerra estudien los modos de desencadenar otras?"

.....
 Durante dos años, en una época en que hu-
 be de ganarme en París la vida, ví de cerca

a Barbusse, como he dicho. El deseaba que yo escribiera en "Monde". Lo intenté, pero nunca pude tomar el tono necesario para que el Consejo de Redacción aceptara mis artículos. Desteñidos en cuanto a política, Barbusse los recomendaba por lo que podían significar como información acerca de la América Española, pero no podía imponerlos. Sin embargo, y como él deseaba ayudarme a comer, estimándome víctima directa de un régimen de fuerza implantado transitoriamente en Chile, me tomó como profesor de español. Empecé a enseñarle, pero él sabía ya bastante y mis lecciones se limitaban a conversar con él. Naturalmente, Barbusse me pagaba y yo tenía escrúpulos de que así fuera, puesto que el que aprendía, y de todo, era yo... Alejados por las circunstancias, nunca cesó de escribirme. Hubo un período, sin embargo, en que no tuve sus noticias y en que no contestaba mis cartas. Fuí a París y le expuse mi sorpresa. Supe entonces lo siguiente: que determinados elementos políticos interceptaban la correspondencia de Barbusse. Querían darse cuenta, según me contó él mismo, de quiénes eran sus amigos, sus correspondientes, o sea, determinar a una serie de "individuos peligrosos". Y me aconsejó:

—No me escriba. Si a mí, que no oculto mis ideas, me parece doloroso ser perseguido por ellas, cómo sería de irritante para usted verse envuelto en semejante lío nada más que por el pecado de no tenerme miedo...

Lo dijo con pena, pero con hombría generosa.

Pasado algún tiempo, volví a escribirle. Pidiéndole un servicio, esta vez. Rogándome que me enviara, para "L'Express", respuesta a esta pregunta: "¿Qué piensa usted de la América Española?" A vuelta de correo recibí dos páginas con letra tupidita en que, en francés, decía lo que doy traducido:

"Siempre he tenido y no he perdido ocasión de decirlo, gran amistad por los pueblos de la América Latina. Su destino es para mí de un interés constante y profundo. Sin embargo, la pregunta es tan vasta que me parece difícil contestar a ella sin abusar de la paciencia de los lectores de "L'Express", con quienes me complace entrar en relación y a quienes saludo cordialmente.

"Con todas las reservas de detalles y de matices que significan generalidades de esta índole, diré que es probablemente en las naciones de la América Latina donde en momento determinado se hará sentir con mayor intensidad el progreso de la actual civilización. Quiero decir que vendrá, en un porvenir no muy lejano, el momento en que ellas serán el foco más activo de la civilización nuestra.

"Para emitir este juicio, que pudiera pa-

recer prematuro o gratuito, me baso, primero, en la consideración de que los pueblos de la América-Ibérica son el conjunto más importante de pueblos jóvenes existente actualmente en el mundo, ya que su historia no comienza sino hace un siglo. Por otra parte, la calidad intelectual de la mayoría de esos pueblos, sus recursos ideológicos, su ardor natural y, por fin, el hecho de que su organización y su conciencia sociales no estén sino relativamente en sus ensayos, todas estas consideraciones me hacen pensar que su evolución ideológica y social será más rápida que la de pueblos como España y Francia, por ejemplo, sobre cuyos hombros pesa una larga historia y viejas tradiciones. Creo, pues, que las naciones latinoamericanas aprovecharán con ritmo rápido la experiencia de las otras naciones y que adoptarán cuanto antes los nuevos y fértiles principios de organización colectiva, tanto más que hemos llegado a un período histórico en que se ve claramente lo que han dado y son capaces de dar los diversos sistemas y regímenes sociales y políticos.

"Pienso que la bancarrota del sistema capitalista y la auto-destrucción evidente a que asistimos en todos los países viejos, permiten juzgar que el antiguo sistema ha hecho su época y que hay que rechazarlo, así como también hay que defenderse de las tentativas fascistas, que no hacen sino agravar el problema.

"El porvenir está, sin duda, junto al socialismo, es decir, junto a la cooperación internacional de los trabajadores, de la justicia social, de la igualdad política. Pienso por eso que el ejemplo triunfal y ya prolongado de la U. R. S. S. desde puntos de vista económico y social, tendrá influencia creciente en países apenas despertados y tan ricos en posibilidades. Contra las grandes concepciones claras y sanas de transformación social que se imponen por todas partes, países como los de la América Latina no presentarán la resistencia instintiva y ciega de los pueblos momificados, asfixiados por un largo período histórico".

Junto a esta respuesta, por no decir profesión de fe de Barbusse, venía una esquelita en que me preguntaba: "¿No tiene miedo usted de desacreditar su diario con el nombre de un colaborador como yo?" Sonreí en la sombra, llegando a suponer a Barbusse poseído de delirio de persecución. Tenía razón él, sin embargo, ya que días más tarde alguien me hizo el reproche consiguiente: "No publique usted cosas de Barbusse". "¿Por qué?" "Porque no cree en Dios..."

Le contesté entonces y lo afirmo ahora: "Barbusse creía en Dios tanto o más que usted, puesto que luchaba por no traicionarlo".

Tornería Eléctrica y Fábrica de Juguetes

de J. E. Valverde e Hijos

Premiados con el Primer Premio en la Exposición de Juguetes de 1935

**AGENTES EXCLUSIVOS PARA TODO
COSTA RICA LA LIBRERIA ALSINA**

TELEFONO 4052

Situada en la calle 12 Norte Avenida tercera

El último libro de Mariano Picón-Salas

Por FERNANDO SANTIVAN

= Envío del autor.—Santiago de Chile, agosto de 1934 =

Mariano Picón-Salas es el escritor joven que como otros sudamericanos buscó en Chile tranquilidad para su espíritu y nos la devuelve en obras sugerentes y extrañas. Acaso no se sintiera bien con el régimen político de su patria venezolana y salió a captar nuevos horizontes. Aquí se le ha acogido fraternalmente y se fué aclimatando a nuestro ambiente hasta el punto de sentirse en su verdadera casa, como le ocurriera en otro tiempo a su ilustre paisano don Andrés Bello. En más de una ocasión ha refunfuñado en nuestra compañía para criticar costumbres y hechos de esta tierra, como lo hacemos sin empacho los descendientes de españoles al hablar de cosas del hogar común.

Mariano Picón-Salas es hombre tranquilo. A pesar de su juventud posee movimientos ponderados; su mirada escondida tras el reflejo de los cristales, tiene la tristeza que poseen los ojos del hombre que ha visto o ha leído mucho. Habla calmadamente y su voz no se alza jamás con estridencias; es la voz persuasiva del artista ahogada bajo nacientes adiposidades que le dan el aspecto de niño de Rubens tallado en cera.

En su último libro **Registro de huéspedes** Picón-Salas nos ofrece visiones claras y personajes llenos de relieve y de colorido. "En el comedor de la hospedería—dice el autor en la presentación de su nuevo libro—, cerca de unos muebles que lloran la pérdida y anacrónica realza del estilo Reina Ana y que nuestra patrona adquiriera desvalorizados y venidos a menos en una Casa de Remates, yace un libro de copiosas hojas y empastadura tan firme como el de un Libro Mayor. Es el "Registro de huéspedes".

Este es el motivo del libro. El autor va presentando diversos tipos que conociera en su curioso peregrinaje por las casas de huéspedes. ¡Cuántas cosas se ven en esas mansiones abigarradas, sórdidas y pintorescas! Ahí está para decirlo "el comunista melencólico y hambriento, un hombrecillo minúsculo, febril—todo fuerza nerviosa—que bebía mucho café y dejaba encendida la lamparilla eléctrica toda la noche". Hasta que un día se presenta a la perisón con "una muchacha delgada, casi masculina en sus zapatos sin taco y su sencillo y cuarteado traje sastre. Entraron a la pieza; conversaban, discutían. Por último apagaron la luz".

Y así van desfilando en retratos al agua-fuerte tipos tan curiosos como el **distinguido correlegio-**



Mariano Picón-Salas

nario que Picón-Salas enfoca con finura, ironía y fuerte relieve. Es la novela de la política criolla. Lentamente va surgiendo la figura del hombre vulgar que algún día no lejano saltará de la Asamblea política, espesa de humo de cigarros y de humores agrios, hasta un sillón de diputado, de ahí a otro de senador, y más tarde a uno de Ministro.

Una de las pequeñas novelas más hermosas del libro de Picón-Salas es la que se intitula **Paso de un huésped**. Ya no se trata de una casa residencial como se ha dado en llamar ahora a las pensiones de Santiago de Chile, sino de un "boarding-house" enclavado como la "celdilla de un panal en el octavo piso de un edificio neoyorquino, armado cemento sin expresión ni alma". Es una sencilla tragedia romántica como solamente pueden incubarse en algún pueblo perdido de Sur América. Las grandes ciudades anulan ese candor misterioso de las almas que constituyó el encanto de nuestras abuelas. El exceso de luz, el ruido, el atletismo bañado en aire libre, han concluido con la deliciosa enfermedad que hizo languidecer las generaciones de 1830 y las que vinieron en pos. Las Margaritas Gautier y las Marías del Cauca se transformaron rápidamente en muchachas atléticas al ser trans-

plantadas al décimo piso de un "Sky Scraper".

Todo esto lo comprende muy bien el empecinado y taciturno amante de una muchacha perdida en un poblachón de tierra venezolana. La joven es casada, y cualquier día muere por el veneno, estrujando un papelito entre sus dedos crispados. ¿Suicidio? Así lo creen todos; pero bien pudiera haber sucumbido víctima del marido, hombre cazarro cuyos designios se ocultan bajo el solapado pensar campesino. Carlos, el amante, que no tiene pasta de "cura o ermitaño" sale de su casa y emprende la peregrinación por el mundo. "El trópico tiene malos climas y tupidos paisajes y tierras y mujeres devoradoras para expiar un amor". Y después se va a morir a Nueva York. ¿A Nueva York? ¿Por qué? Porque es la tierra del ruido, la antítesis de la ciudad romántica. Es la delicadeza última de un espíritu que huye de la tragedia espectacular. Acaso es el rencor oculto contra el mundo que no supo sentir su verdadera muerte, ocurrida hacía tantos años. Llega al "boarding" neoyorquino. Octavo piso. La patrona es cubana, pero se ha transformado en Mrs. Cepeda, y formó a su hija Eulalia en la educación yanqui. Sport, agua fría, libertad o feminismo. Es una mo-

rena encantadora en quien ha cristalizado el espíritu de la ciudad-coloso. ¿Ha muerto en ella el romanticismo tropical? Al parecer, sí; pero basta un leve contacto con el hombre pálido y misterioso que llega a su casa trayendo en sus ojos profundos la fiebre de las selvas oscuras, para que renazca en ella una extraña inquietud sentimental. Eulalia se eramora del moribundo. Lo acompaña al Hospital. Le ofrece hasta el último momento sus labios frescos y acaricia con sus manos de sportwoman las guedejas del amor romántico.

Después... La vida de Nueva York, múltiple, rugiente, prismática, envuelve de nuevo apenas muerto el hombre taciturno a la joven cubana. Su amor fué una portentosa flor de los trópicos nacida en la mañana, al calor moribundo de una vida que se extingue, para morir en la tarde del mismo día, mustiada por el frío de la selva de témpanos neoyorquinos.

Es una curiosa historia que deja en el alma una huella honda. No hemos de olvidar fácilmente la silueta pasajera de ese tropical de fina estirpe romántica que se esconde para morir. Todo lo prevé antes de su partida. "Carlos—cuenta el narrador—me extendió un legajo de papeles. Había tenido la postrera elegancia de pedir su cuenta en el Hospital, como quien se retira de un hotel. Y con su talonario de cheques, me rogó que sacara el saldo". Piensa en la muerte el hombre misterioso: "En aquellos pueblos tan mediterráneos y escondidos es todavía muy solemne la muerte. Y se hablará de mí muchos días en las espaciosas salas llenas de retratos que son las salas de provincia. Me llorará mi madre, y los hermanos pensarán que les evito un futuro pleito al partirse la hacienda familiar".

Mariano Picón-Salas exhibe en esta primorosa novela corta un aspecto recóndito de su espíritu. Conocíamos al intelectual y se nos ofrece el sensitivo. Es un refinado intelectual, lo que en otras palabras significa que es un artista dueño de su materia, capaz de la gran comunicación emotiva.

Presenta otras novelas en **Registro de huéspedes** pero ninguna tan cautivadora como la que hemos comentado. Muy hermosas páginas son también las de **Los nombres en la guerra**. Hay allí una interpretación muy acertada del revolucionario sudamericano que merecería ser ampliada en obras más extensas. Se evoca allí la historia de un guerrillero venezola-

(Pasa a la página 63)

Nueva poética de Pablo Neruda

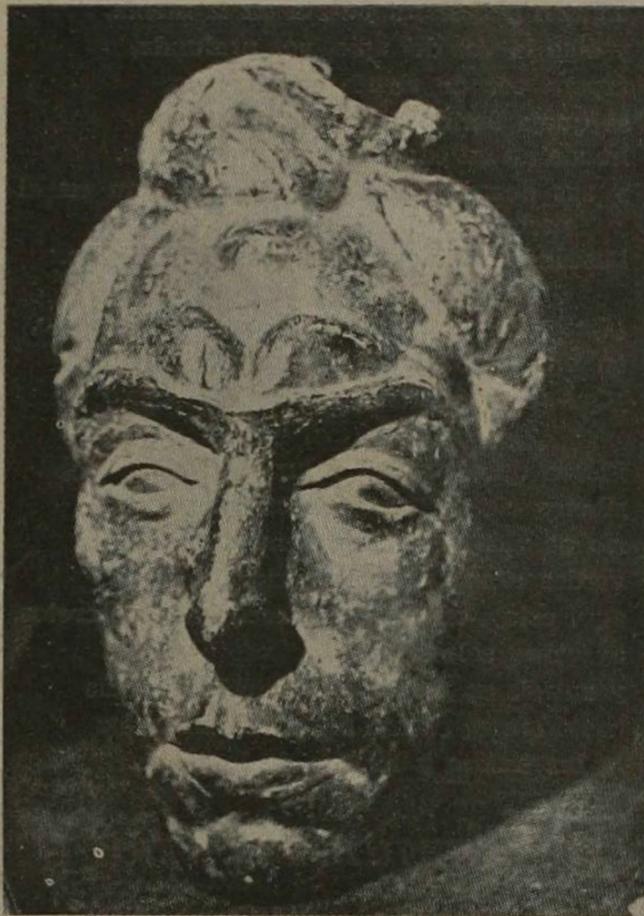
Por MARIANO PICON-SALAS

= Envío del autor.—Santiago de Chile, 1935 =

Un grupo de poetas españoles en que se inscriben los nombres de Federico García Lorca, de Rafael Alberti, de Gerardo Diego, de Pedro Salinas y otros—es decir, la más interesante promoción poética de España,—hace el ofertorio de este folleto "Homenaje a Pablo Neruda" (Madrid, Plutarco 1935), en que nuestro Pablo anticipa algunos poemas de un futuro libro, bajo el título común de "Tres cantos materiales". Y este saludo hispánico al poeta chileno nos hace pensar en el estado presente de su poética y de su significación cada día más propia y diferenciada, dentro del idioma. Las piernas de nuestro poeta (¿no escribió él el poema titulado "Ritual de mis piernas?"), lo han hecho andar desde Temuco, Chile, hasta Madrid, España, después de recorrer Java y la India y los rojos mares de Asia; después de haber despertado influencias e imitaciones en todas las tierras americanas. Otros poetas criollos tienen más ciencia: ninguno desde Rubén Darí, ha aparecido con más potente caudal poético en la América de los últimos años. Muchas tentativas han desembocado en su Poesía desde aquel adolescente tiempo en que le conocimos en 1923, cuando callado y triste y mal estudiante del Instituto Pedagógico de Santiago de Chile, era justamente el "guitarrero vestido de abejas" de uno de sus últimos cantos. Había publicado entonces un primero y delicadísimo libro romántico, "Crepusculario" en que se destila esa cosa tan peculiar que es la tristeza criolla. Tristeza contenida del hombre chileno, "tristeza de huasito del Sur" como dijo Pablo de Rokha con intención de pelea, pero expresando en realidad, una de las tantas definiciones que suscita Neruda. A pesar de la forma—para entonces nueva de su "Crepusculario", — se produjo entre esos primeros versos y el ambiente un curioso fenómeno de identificación. A los 19 años de su edad ya Pablo Neruda tenía discípulos que se vestían como él, le copiaban las metáforas y el descoyuntado andar nocturno y el cantado melancólico de su voz en el que parecía estilizar con maña y conciencia, la afligida y lenta voz del hombre de Temuco, de las verdes y llovidas tierras del Sur de Chile. Cuando en la noche recorríamos la ciudad en demanda de una cerveza bohemia o de un te barato, ya nos salía de cualquier esquina o de una confidencia de joven embriagado el conocido verso del poema "Farewell":

**Amo el amor de los marineros
que besan y se van.**

Pero a Pablo no le satisfacía este primer triunfo logrado. Pudo entonces explotar su manera y permanecer en la actitud, y definirse como el autor de las más finas tonadas (artista inquietante siempre), si no le gritara un anhelo cósmico más vasto. No sólo la tristeza de la carne o de la mujer, sino la Tierra y los elementos, y sobre todo la Noche, que es la más misteriosa mujer de cuantas se han inventado. "Galopa la noche en su yegua sombría desparramando espigas azules sobre el campo", le escuché decir un día. Era un verso, liana húmeda y fascinante, cortada ya de la selva de los **Veinte poemas**. Después fué **La tentativa del hombre infinito** esa desesperada inmersión en el misterio, esa renun-



Pablo Neruda

Máscara por Mariano Vargas Rozas

cia a la conciencia, esa confusión trágica y tumultuosa de su tercer libro. Nunca Neruda como entonces fué más Pablo, es decir el hombre ciego y derribado por la tentación. Era un poco el aullido y las imágenes cambiantes del primitivo. La Soberbia del propósito, de la "tentativa", explicaba también el fracaso. Los imitadores—probrecitos—, ya no podían tomarle sino algunas palabras y metáforas. Muchos entonces le compadecieron. Pero Neruda en aquel proceso difícil—como un rito de iniciación—, había descubierto el camino de la Lírica, de la Lírica que nos hunde y nos arrastra en el torrente del Universo... Entre los dos caminos de la Poesía nombrados por Nietzsche: el camino de Homero o del gozoso sueño donde se elevan tranquilas imágenes, del poeta épico que como el escultor evoca lo individual, y el camino de Arquíloco o de la poesía ditirámica que explota en pasión e himno desatado, él había elegido este último. Desde **Los veinte poemas**, el aliento, el ritmo, la puntuación eran cada vez más largos. Algo torrencial y revuelto, algo que efectivamente olía al Viento de los monzones, eran los poemas que entre los años 28 y 31 envió desde Java y la India. "Tango del viudo", "Monzon de mayo" son poemas de la tierra húmeda y caliente, del hombre que casi quiere ser vegetal para crecer con el Universo infatigable, de la absoluta liberación y desasimiento de la perso-

na. Aparecen ya con otro sentido en su poesía los ¡"Ah"! y los ¡"Ay"! de los románticos.

Del Universo grande ahora Neruda parece descender al Universo de lo pequeño; de lo macrocósmico a lo microcósmico. Estos tres "Cantos materiales" publicado en España: ("Entrada a la madera", "Apogeo del apio" y "Estatuto del vino") así lo revelan. Se limita el Horizonte para ser más profundo, para ir recibiendo.

**con mi razón apenas, con mis dedos,
con lentas aguas lentas inundadas**

el misterio de todas las cosas usuales. ¿Qué le dice por ejemplo, la pulpa de la madera?:

**Veo moverse tus corrientes secas,
veo crecer tus manos interrumpidas,
oigo tus vegetales oceánicos
crugir de noche y furia sacudidos,
y siento morir hojas hacia adentro,
incorporando materiales verdes
a tu inmovilidad desamparada.**

Nunca este contacto y esta inmersión del hombre en la vida dinámica, es un proceso concluido. Nunca se logra aislar la imagen individual, "homérica" según la expresión de Nietzsche... y este sentimiento de movilidad sin término, se expresa en la manera cómo Neruda concluye sus últimos poemas:

**y hagamos fuego, y silencio, y sonido
y ardamos, y callemos, y campanas.**

Esas comas que separan las palabras contra toda regla gramatical, y esas "Campanas" inconexas para el buen burgués que las lee, rompen el enmarcamiento del poema, abren un espacio ilimitado.

¿Qué representa Neruda dentro de la poesía hispánica de este momento? Representa una cosa muy poco frecuente entre los poetas de nuestra raza: el sentimiento lírico en el sentido de la definición de Nietzsche cuando él distinguía a Homero y a Arquíloco, la rapsodia del coro trágico... En el poeta hispánico (Góngora, García Lorca), suele prevalecer el elemento plástico en cuanto este concepto indica forma, color, contorno. Neruda nos conduce al encantamiento y la embriaguez dionisiaca, a ese mundo que ya no piensa ni limita porque se sumerge en el torrente de la vida creadora. Neruda es el canto puro.

Otra investigación nos llevaría al curioso problema que sus últimos cantos suscitan, cuando por ejemplo, se les compara con los poemas y la filosofía poética de un Paul Valéry en Francia; con lo que ahora se llama **Poesía pura**. La "inteligencia" de Valéry y el "Instinto" de Neruda parecen encontrarse en una final coincidencia lírica. Pero no queremos escribir un estudio estético, sino expresar el regocijo de nuestros últimos hallazgos.

Tres poemas de Pablo Neruda

= Sacados del cuaderno *Homenaje a Pablo Neruda*.—PLUTARCO, Madrid, 1935. =

ENTRADA A LA MADERA

Con mi razón apenas, con mis dedos,
con lentas aguas lentas inundadas,
caigo al imperio de los nomeolvides,

a una tenaz atmósfera de luto,
a una olvidada sala decaída,
a un racimo de tréboles amargos.

Caigo en la sombra, en medio
de destruidas cosas,
y miro arañas, y apaciento bosques
de secretas maderas inconclusas,
y ando entre húmedas fibras arrancadas
al vivo ser de substancia y silencio.

Dulce materia, oh rosa de alas secas,
en mi hundimiento tus pétalos subo
con pies pesados de roja fatiga,
y en tu catedral dura me arrodillo
golpeándome los labios con un ángel.

Es que soy yo ante tu color de mundo,
ante tus pálidas espadas muertas,
ante tus corazones reunidos,
ante tu silenciosa multitud.
Soy yo ante tu ola de olores muriendo,
envueltos en otoño y resistencia:
soy yo emprendiendo un viaje funerario
entre tus cicatrices amarillas:
soy yo con mis lamentos sin origen,
sin alimentos, desvelado, solo,
entrando oscurecidos corredores,
llegando a tu materia misteriosa.

Veo moverse tus corrientes secas,
veo crecer manos interrumpidas,
oigo tus vegetales oceánicos
crujir de noche y furia sacudidos,
y siento morir hojas hacia adentro,
incorporando materiales verdes
a tu inmovilidad desamparada.

Poros, vetas, círculos de dulzura,
peso, temperatura silenciosa,
flechas pegadas a tu alma caída,
seres dormidos en tu boca espesa,
polvo de dulce pulpa consumida,
ceniza llena de apagadas almas,
venid a mí, a mi sueño sin medida,
caed en mi alcoba en que la noche cae
y cae sin cesar como agua rota,
y a vuestra vida, a vuestra muerte asidme,
a vuestros materiales sometidos,
a vuestras muertas palomas neutrales,
y hagamos fuego, y silencio, y sonido,
y ardamos, y calleemos, y campanas.

APOGEO DEL APIO

Del centro puro que los ruidos nunca
atravesaron, de la intacta cera,
salen claros relámpagos lineales,
palomas con destino de volutas,
hacia tardías calles con olor
a sombra y a pescado.

Son las venas del apio! Son la espuma, la risa,
los sombreros del apio!
Son los signos del apio, su sabor
de luciérnaga, sus mapas
de color inundado,
y cae su cabeza de ángel verde,
y sus delgados rizos se acongojan,
y entran los pies del apio en los mercados
de la mañana herida, entre sollozos,
y se cierran las puertas a su paso,
y los dulces caballos se arrodillan.

Sus pies cortados van, sus ojos verdes
van derramados, para siempre hundidos
en ellos los secretos y las gotas:
los túneles del mar de donde emergen,
las escaleras que el apio aconseja,

las desdichadas sombras sumergidas,
las determinaciones en el centro del aire,
los besos en el fondo de las piedras.

A media noche, con manos mojadas,
alguien golpea mi puerta en la niebla,
y oigo la voz del apio, voz profunda,
áspera voz de viento encarcelado,
se queja herido de aguas y raíces,
hunde en mi cama sus amargos rayos,
y sus desordenadas tijeras me pegan en el
pecho
buscándome la boca del corazón ahogado.

¿Qué quieres, huésped de corsé quebradizo,
en mis habitaciones funerales?
¿Qué trigo destrozado te rodea?

Fibras de oscuridad y luz llorando,
ribetes ciegos, energías crespas,
río de vida y hebras esenciales,
verdes ramas de sol acariciado,
aquí estoy, en la noche, escuchando secretos,
desvelos, soledades,
y entráis en medio de la niebla hundida
hasta crecer en mí, hasta comunicarme
la luz oscura y la rosa de la tierra.

ESTATUTO DEL VINO

Cuando a regiones, cuando a sacrificios
manchas moradas como lluvias caen,
el vino abre las puertas, con asombro,
y en el refugio de los meses vuela
su cuerpo de empapadas alas rojas.

Sus pies tocan los muros y las tejas
con humedad de lenguas anegadas,
y sobre el filo del día desnudo
sus abejas en gotas van cayendo.

Yo sé que el vino no huye dando gritos
a la llegada del invierno,
ni se esconde en iglesias tenebrosas
a buscar fuego en trapos derrumbados,
sino que vuela sobre la estación,
sobre el invierno que ha llegado ahora
con un puñal mojado entre las cejas.

Yo veo vagos sueños,
yo reconozco lejos,
y miro frente a mí, detrás de los cristales,
reuniones de ropas desdichadas.

A ellas la bala del vino no llega,
su amapola eficaz, su rayo rojo,
mueren ahogados en tristes tejidos,
y se derrama por canales solos,
por calles húmedas, por ríos sin nombre,
el vino amargamente sumergido,
el vino ciego y subterráneo y solo.

Yo estoy de pie en su espuma y sus raíces,
yo lloro en su follaje y en sus muertos,
acompañado de sastres caídos
en medio del invierno deshonorado,
yo subo escalas de humedad y sangre
tanteando las paredes,
y en la congoja del tiempo que llega
sobre una piedra me arrodillo y lloro

Y hacia túneles acres me encamino
vestido de metales transitorios,
hacia bodegas solas, hacia sueños,
hacia betunes verdes que palpitan,
hacia herrerías desinteresadas,

hacia sabores de lodo y garganta,
hacia imperecederas mariposas.

Entonces surgen los hombres del vino
vestidos de morados cinturones,
y sombreros de abejas derrotadas,
y traen copas llenas de ojos muertos,
y terribles espadas de salmuera,
y con roncas bocinas se saludan
cantando cantos de intención nupcial.

Me gusta el canto ronco de los hombres del
vino,
y el ruido de mojadas monedas en la mesa,
y el olor de zapatos y de uvas,
y de vómitos verdes:
me gusta el canto ciego de los hombres,
y ese sonido de sal que golpea
las paredes del alba moribunda.

Hablo de cosas que existen, Dios me libre
de inventar cosas cuando estoy cantando!
Hablo de la saliva derramada en los muros,
hablo de lentas medias de ramera,
hablo del coro de los hombres del vino
golpeando el ataúd con un hueso de pájaro.

Estoy en medio de ese canto, en medio
del invierno que rueda por las calles,
estoy en medio de los bebedores,
con los ojos abiertos hacia olvidados sitios,
o recordando en delirante luto,
o durmiendo en cenizas derribado.

Recordando noches, navíos, sementeras,
amigos fallecidos, circunstancias,
amargos hospitales y niñas entreabiertas:
recordando un golpe de ola en cierta roca
con un adorno de harina y espuma,
y la vida que hace uno en ciertos países,
en ciertas costas solas,
un sonido de estrellas en las palmeras,
un golpe del corazón en los vidrios,
un tren que cruza oscuro de ruedas malditas
y muchas cosas tristes de esta especie.

A la humedad del vino, en las mañanas,
en las paredes a menudo mordidas por los
días de invierno
que caen en bodegas sin duda solitarias,
a esa virtud del vino llegan luchas,
y cansados metales y sordas dentaduras
y hay un tumulto de objeciones rotas,
hay un furioso llanto de botellas,
y un crimen, como un látigo caído.

El vino clava sus espinas negras,
y sus erizos lúgubres pasea,
entre puñales, entre medianoches,
entre roncas gargantas arrastradas,
entre cigarros y torcidos pelos,
y como ola de mar su voz aumenta
aullando llanto y manos de cadáver.

Y entonces corre el vino perseguido
y sus tenaces odres se destroran
contra las herraduras, y va el vino en silencio,
y sus toneles, en heridos buques en donde el
aire muere
rostros, tripulaciones de silencio,
y el vino huye por las carreteras,
por las iglesias, entre los carbones,
y se caen sus plumas de amaranto,
y se disfraza de azufre su boca,
y el vino ardiendo entre calles usadas
buscando pozos, túneles, hormigas,
bocas de tristes muertos,
por donde ir al azul de la tierra
en donde se confunden la lluvia y los au-
sentes.

Paso a un huésped

Por MARIANO PICON-SALAS

= De Registro de Huéspedes. Novelas chilenas. Editorial Nascimento. Santiago de Chile. 1934 =

Nueva York, noviembre de 1918.

Estas pueden ser las Memorias de un huésped del boarding-house de Mrs. Cepeda, que se enclava como la celdilla de un panal en el octavo piso de un edificio neoyorquino, armado cemento sin expresión ni alma. Vienen para el mundo tiempos colectivistas, en que el individuo como en esta vasta ciudad nada representa; se pierde su queja en el cosmos poblado de irreconocibles voces, y quizás vivan en esta pensión de Mrs. Cepeda los últimos individualistas: un general tropical, un poeta, la propia Mrs. Cepeda, y, sobre todo, ese extraño hombre que llegó anteayer. Mrs. Cepeda, cubana de Pinar del Río, concede a esta civilización gregaria el aro de carey de sus anteojos, los trajes rayados que viste entre casa, los bajos zapatos de sport con que trajina y la mano taumaturga que reparte el calor y las fuerzas mecánicas al abrir una llave. Siempre a Mrs. Cepeda tendremos que encargarle el baño. Ha perdido, sin embargo, el contacto de esta vida taylorizada y vertiginosa su sentimiento nacional: no toleraría que la llamáramos doña Rafaela de las Mercedes Cepeda, como es su adornado nombre criollo, y se encajó el Mrs. con la misma suficiencia de sus anteojos de carey. (Requírense anteojos en Nueva York para no perder totalmente el control de los sentidos, cuando en el pequeño Pinar del Río de blancas casas y espaciados palmares, bastaran a Mrs. Cepeda sus ojos de criolla). A veces, generalmente los domingos, nos despierta con agudas canciones de la manigua, con cantos goajiros hechos para prolongarse entre los cañaverales o para poblar de melancolía esas tardes del trópico, ricas de bermellón, de cobalto, de un sol, que penetra en la noche deshojándose como un inmensa rosa. Entonces Mrs. Cepeda está criolla: prepara para el almuerzo algún plato "picantito" que rompe esta insípida e infantil tradición culinaria yanqui; hacemos una sobremesa abundante de historias y teñida de color local; el General Perdomo enciende su cigarrillo negro—no podría tolerar el tabaco rubio de los Estados Unidos—y para sentirse perfectamente feliz sólo añora una "hamaquita" donde tenderse a dormir la siesta.

Añoramos también la vivienda como se acostumbra en las cálidas tierras del sur: esas casas pintadas de verde, con grandes patios y agua de un surtidor, y animales domésticos, sin olvidar el loro ocioso que colgado en su estaca, repite las ancestrales consejas:

Lorito real,
Tú, para España
Y yo para Portugal.

(Un cuadro del Trópico denso de color y ancho de espacio y holgura humana, como los que suelen verse en los grabados de los libros de viajes. Somos razas individualistas y nostálgicas, es la reflexión que emana después de estas charlas dominicales del boarding, en que cada cual esgrime sus personalísimos argumentos contra esta civilización yanqui, sin gesto, sin poesía, sin aventura).

Viene también una muchacha en quien la sabrosa carne de la Antillas y los ojos negros como sólo se produce a seis grados del

Ecuador, recibió la disciplina formal del deporte yanqui. Y su capitosa espiritualidad criolla pudo adaptarse en síntesis tentadora, la libertad y la confianza en sí mismas que caracterizan a las sólidas y rubias hembras del Norte. Así Eulalia Ledesma, nombre lleno de eles como un verso ágil de Rubén Darío, es la insustituible Ninfa Egeria que introduce a los hombres morenos, impresionables y bárbaramente individualistas, en este bosque tupido, impersonal y mecánico de la vida norteamericana. Le guiña los ojos el viejo General que, al servicio de Venus más que al servicio de Marte, se puso artrítico, y en quien el recuerdo de eróticas hazañas aumenta su secreción de saliva y le tiñe de rojo la esclerótida; y un poeta dilapida su logorrea en el asedio inexpugnable de la muchacha. Eulalia mira sus hombres con una mirada eugenésica. Pero ocurrió, que anteayer llegó un nuevo huésped.

Como ahora estoy desocupado, y tengo siempre tiempo dispuesto para perderlo, me ofrecí para acompañarlo en los trajines de Aduana, de Sanidad y de Policía. Es como cualquiera otra, una manera de conocer Nueva York. Los Estados Unidos acaban de ganar la guerra, y se consideran naturalmente, un pueblo mesiánico. La lectura de la Biblia en estas razas protestantes les da una seguridad, una suficiencia sin análisis que no puede comprender nuestra ondulante sensibilidad criolla. Al principio de la guerra, hombres de todas partes entraban al gran país democrático; los fuertes mocetones que el país produce ya standardizados, se dirigían, como a una gran partida de foot-ball, al frente francés, y el puesto que dejaban en oficinas o fábricas, era ocupado por mexicanos o peruanos, españoles o eslavos. Un profesor que los dirigía hacía declaraciones humanitarias; y paradójicamente los Estados Unidos habían salido a pelear para darle la paz al mundo. Como en un verso de Walt Whitman, ésta era la cuba en fermentación de una humanidad nueva donde cada uno venido del Norte o del Sur, de Oriente o de Occidente, exprimió su jugo original. Estuvieron muy galantes con los extranjeros—que no fueran alemanes—durante la guerra europea. Pero des-

pués del Armisticio empiezan a descubrir que nosotros—latinos o eslavos—les traemos el tracoma o el desorden social. El pueblo elegido canta su coro puritano de victoria y alabanza. Dios vive en Manhattan. Visita a Mr. Rockefeller, a Mr. Ford, a esos profesores de Universidades que le dan al país una sólida sociología. Y ya los requisitos para entrar a esta nueva Sión del comercio contienen cada vez más complicaciones. Nuestros ojos, nuestro bolsillo, nuestro pulso, nuestra lengua que ha comido tantas cosas "picantitas"—como dice Mrs. Cepeda—son para ellos objeto de una inspección minuciosa. El termómetro y la cuenta bancaria, la suma higiene y la pulcra economía, son los testimonios de honestidad que exigen del lueño peregrino, los Estados de la Unión. Y luego una declaración sociológica estructurada con los sanos y desinfectados principios de uno de sus filósofos de la eficiencia. Para entrar a Estados Unidos hay que poner ante todas las cosas una embobada mirada de babieca. La declaración sociológica nos extrañó, porque en los colegios criollos donde estudiáramos no se enseñaban esas cosas. Nos hablaban de las empresas de Bolívar, de su ímpetu personal, de aquella campaña de hombres amarillos, febriles y hambrientos que empezó en las sabanas calientes del río Apure y fué a sentarse sobre los volcanes de Quito. Heroísmo, desenfado, individualismo. Pero este pueblo no cree en la eficiencia de los hombres palúdicos y calenturientos. Hay que haber comido jamón y huevos al desayuno, hecho una docena de ejercicios por un riguroso libro de gimnasia, creer en la filosofía del éxito y llenar las horas muertas sacando un infantil puzzle para ser el ciudadano prudente y optimista que necesitan los Estados Unidos. Y de aquí estas andanzas con mi amigo por las calles de Nueva York, autenticando certificados consulares, financieros y sanitarios.

Mí amigo, como decía, llegó anteayer al boarding de Mrs. Cepeda. Tenía uno de esos rostros de retrato antiguo como producen en Sur América algunas viejas familias de origen español; cara alargada como la de un contemporáneo de Cervantes, pálido, y todos sus ademanes y su traje gris como regidos por un dandismo lento y matizado que debe placer mucho a las mujeres, según me lo declaró aquel mismo día Eulalia, la muchacha cubana.

Edad: entre treinta y treinta y cinco años, pero vividos con esa sabiduría de la sensación que es una de nuestras características crio-

In angello cum libello—Kempis.—

*En un rinconcito, con un librito,
un buen cigarro y una copa de*

ANIS IMPERIAL

SUAVE — DELICIOSO — SIN IGUAL.

FABRICA NACIONAL DE LICORES

SAN JOSE, COSTA RICA

llas. A los treinta o treinta y cinco años ya le han ocurrido a uno en esas tierras del sur, tantas cosas: amores, duelos y melancolía. Puede uno dar lecciones sobre la experiencia del mundo. Empieza la música tenaz de los recuerdos. Ya las nuevas aventuras que sobrevengan se ordenan en un cálculo exacto, se disponen como en una Matemática del sentimiento, segura, incluíble. Y uno sabe la primera palabra que ha de dirigir a la mujer que le agrada; ya faltan ilusiones, pero sobra sabiduría. Todo puede disponerse en adecuado arte escénico. Y siendo ya tan sabio, usufructuando un denso pasado, la muerte no es una terrible amenaza. (Luego mi amigo me habló de la muerte, pero no adelantemos los acontecimientos).

Recuerdo que abrió su baúl mundo y fué disponiendo en la pequeña habitación sus trajes y corbatas, simétricamente pendidas de los colgadores. Eligió el pañuelo de color con que realizaría su primer paseo neoyorquino, alineó los zapatos en orden militar—amarillos, negros y hasta esos antipáticos zapatos blancos que se usan en el trópico—y luego me preguntó dónde podría comprar nueva ropa de invierno.

Le di la dirección de Wanamaker, cuya gran casa, verdadera Babel de la ropa, produce en nuestra pupila criolla uno de esos asombros que los yanquis piden a sus visitantes.

—Es tal vez la mayor tienda del mundo. De donde Wanamaker puede usted salir disfrazado de asirio o de cazador ecuatorial conduciendo su piel de tigre, o con un frac mejor que el del Príncipe de Gales. Ante estas tiendas de Nueva York, todo lo demás que exista en el mundo parece provincia.

—A mí, por qué negarlo, me gusta la buena ropa—dijo mi reciente amigo.—Es uno de los placeres primarios que uno anhela en Sur América. Hay pocos ideales allá y todo se concentra en la persona. La conquista de la hembra empieza como en los pavoreales, por nuestro plumaje. Por ello no extrañe usted que antes de preguntarle por los médicos de Nueva York, averigüe por las casas de modas.

—¿Pero usted viene enfermo?

—Y de un mal muy grave. Quizás a morir-me a Nueva York. A morirme, a los treinta y cinco años. Pero antes que esto ocurra, tendremos tiempo de bebernos un trago.—No tome alcohol, absténgase de mujeres—me dijo un médico de mi tierra al despedirme.—Ya ve usted cómo yo cumplo esas prescripciones. Y más que todo, el temor de morir allá, me lanzó en esta empresa. Imagino que en este mundo sajón uno debe morir en forma más usual y menos trágica. En los hospitales de Nueva York, tan blancos e higiénicos, la muerte de uno quizás no interese a más de tres personas: a uno naturalmente, protagonista del drama; a la enfermera que lo cuidó, al médico que le pasaba revista todos los días. En nuestras tierras,—ya sabe usted,—aquellos es horrible.

Ambos teníamos la funambulesca evoca-

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA:

50 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

TELEFONO 4184 APARTADO 338

ción de la muerte, cuando recorre aquellos caserones de la provincia tropical, colgando paños negros de las pilastras del corredor, oyendo las salmodias de los curas, entrando en puntillas a las altas alcobas encaladas y enladrilladas, donde viejas mujeres con manto de plañideras, se acurrucan para gimotear. Un realismo desagradable. Hay todavía esa oración de agonizantes que se reza cuando la cara del que va a morir se torna marfilina; cuando un olor de formol anticipa la tragedia, la vela del alma da una luz verdosa, y en la oración se van juntando esos adjetivos amarillos y violáceos que en nuestra lengua española son como la coloración de la muerte: lívido, trémulo, amaratado. Después, en la casa, unos hombres vestidos de negro bebían brandy toda la noche y en una pieza vecina martilleaban el ataúd.

—Esos ataúdes redondos, negros, con horribles adornos de metal que allá se usan—dijo mi amigo.

Y para no seguir en el macabro recuento, nos fuimos a beber un trago.

Hoy, 21 de noviembre, mi amigo debió que darse en cama. Bhilarzia fué la extraña palabra que pronunció, cuando entré a llamarlo para un convenido paseo por las tiendas de Nueva York. Antes de irse al hospital mi amigo quería adquirir las modas de invierno, esos holgados sobretodos de desdeñosa trabilla que combinan con el sombrero de alas sueltas y que imprimen al yanqui invernal un aspecto tan firme. El invierno entraba ya al puerto de Nueva York como un oscuro trasatlántico, y una página de "The Herald" estaba negra de observaciones metereológicas. Largos trenes por las praderas centrales traen a la ciudad los productos con que se llena el vientre neoyorquino en estos meses de frío, de música y de ruidosa vida social. Los diarios publican diagramas económicos, y desde la ventana de este octavo piso la ciudad parece andar la vasta niebla la proa de sus rascacielos. Quien sale en un día semejante; además, mi amigo había amanecido con un rufo ataque de su mal.

Se acordaba del médico, de la necesidad de llamar al médico, en el momento en que Eulalia, la muchacha cubana, parecía impulsarlo a un neoyorquino romance de amor.

En el subconsciente de mi amigo—me había dado cuenta—estaba trabajando el rostro de Eulalia. Y he aquí la trágica lucha entre su instinto y su enfermedad.

Entró Eulalia, como evocada, dándonos el espectáculo de vestir en nuestra presencia su primer abrigo de pieles de la estación. Bellos brazos; realiza para nosotros, al moverlos, un jubiloso escorzo de gimnasta.

Y arroja en la habitación su optimismo. Para Eulalia tienen sentido las estaciones, y habla del invierno en relación con su cuerpo:

—Tiempo de patines; tiempo de los cantos interminables del Metropolitan. Es el Metropolitan la más rumorosa jaula de gorjeos que exista en el mundo. Toda la ópera, todo el canto coral, toda la música, allí se hunde y zigzaguea como en un pararrayos. Tiempo en que se comen en Nueva York las doradas uvas de Almería o los duraznos de Chile o los carnosos zapotes de Cuba. A la fiesta de Nueva York concurren las latitudes antípodas.

—Pero le veo a usted enfermo—dijo a mi amigo.—Formaremos contra la niebla una liga del sol latinoamericano. ¿Nos vamos a divertir mucho este invierno?—le preguntó mirándole.

—Quizás—respondió mi amigo con esos labios que hoy estaban descoloridos de bhilarzia.

—¿Por qué dice: quizás? Tengo un médico amigo en Riverside. El doctor Moller, que lleva un peligroso apellido alemán en estos tiempos de patriotismo. Ello le obliga a no exagerar el precio de sus visitas. Es serio y consciente, como buen alemán. Voy a traerlo, a ver si sus recetas le devuelven el optimismo.

—No se moleste usted—respondió mi amigo.—Esperaré que pase este ataque, para irme al hospital.

Pero Eulalia, que deseaba anunciar a la ciudad y puerto de Nueva York el estreno de su abrigo de pieles, ya salía de la habitación. Para esta muchacha dinámica las calles tienen signos y combinaciones como los naipes del poker y debe ser con su pelo negro, la agilidad de sus piernas y la armonía con que sintetiza el desenfadado yanqui y la gracia criolla, una como Emperatriz de los subways.

Volvimos a quedar solos mi amigo y yo.

—Bella muchacha — dice después de un rato.

Y como si extrañara la familiaridad que conmigo tiene Eulalia, pregunta de improviso: —¿La ama usted?

Es en un momento en que se ha reclinado sobre la cama, y como al descuido, miró su rostro en el cercano espejo. Tiene ahora una decisión extraña en la mirada. Henos aquí ante el hombre pasional, pienso súbitamente.

—Amigo—le contesto—después que uno ha vivido dos años en Nueva York, el amor, por lo menos como lo concebimos los suramericanos, carece de importancia. Aquí el amor es una cosa dulce, apropiada a la hora del té, como los pudings de la cocina yanqui. Aun hay otros que emplearon el amor como remedio hipnótico, después que se leyeron en la noche todos los periódicos. Dos años en Nueva York le enseñan a uno a conocer la amistad con muchachas como Eulalia; una amistad aséptica, esmerilada y libre de todo virus pasional. Así, mientras que en el sur, tal vez hubiera amado a Eulalia, aquí sólo he sido su amigo. Fuimos juntos en el verano a Atlantic City, pero teniendo el cuidado de no confundir nuestras cuentas de hotel. Se llega de este modo a un delicioso estado de anestesia erótica. Es la única manera de diver-

Dr. JUAN R. JIMENEZ GUIER

DENTISTA AMERICANO

Ofrece sus servicios en su despacho situado
125 varas al Norte del Gran Hotel Costa Rica.

tirse. Jamás le pedí un beso a Eulalia, porque estaba seguro de no suscitar su indignación sino su sonrisa. No quería yo perder una amiga inmejorable.

—Feliz usted que alcanzó ese grado de civilización—respondió entonces mi amigo. Para mí siempre fueron terribles las mujeres. Y para adaptarme a esta vida yanqui que usted parece recomendar, sólo hay un pequeño inconveniente: que dispongo ya de poco tiempo, porque me voy a morir.

—Usted se atormenta con sus prevenciones—dije como calmándolo.

Pero del cajoncito de la mesa de noche había sacado cigarrillos (aunque sean poco recomendables para los enfermos de biliarzia), me ofrecía, y tomaba la actitud del que va a narrar una historia.

La historia nos llevó naturalmente a un pueblo suramericano, de esos que habíamos olvidado con sus quince mil habitantes y el valle andino donde se asienta, en una de las geografías de la infancia. Entramos por el pueblo; nos detuvimos en la Plaza Central donde existe un busto del prócer nativo y grandes acacias aborígenes colmadas de flores rojas; oímos gorgoritear el agua en el colonial tazón de la plaza y nos mostraron varias casas de balcones corridos que pertenecen a los magnates del lugar. Este vive, y ocupa un mediano punto negro en los mapas, merced a una agricultura aldeaña removida todavía por mansos bueyes y virgilianos arados. El primer piso de aquellas casas lo ocupan tiendas que surten a los campesinos de telas gruesas, de víveres o instrumentos de labranza. Los lunes, que es día de mercado, el pueblo tiene mucha animación y el campo se vuelca con sus caballos rurales cargados de frutas y verduras, moradas piñas de espinoso capote cuya cimera pide el cuartel de un escudo heráldico; chirimoyas opulentas, o el fruto de la parcha redondo y rumoroso, de donde el músico nativo, antes de que llegara Colón, tomó la forma de la maraca aborigen. Las mujeres son como rosas que crecen en el silencio casi claustral de las casas, con formas, costumbres y maneras como las del siglo xviii. Esta tierra da—como las frutas—unos ojos negros, dorados de dulzura, que tiemblan como flores bajo el musgo irisado de las pestañas. Tierra de morenas donde debe ser muy peligrosa una rubia.

Y vimos, hundiendo la mirada entre la fina celosía de una ventana azul, unos cabellos rubios y el arco florido de un brazo, todo blanco, enteramente fatal, que se movía como desafiándonos.

—Esta es—dijo mi amigo.

Mi amigo no era el que estaba en el boarding de Nueva York, sino un tímido muchacho de dieciocho años, que se había puesto esa primera corbata roja con que penetran en la vida los ex-colegiales. Contábame sus proyectos: lo que le decían en la casa, cómo querían mandarle a una hacienda y convertirlo en agricultor.

—Pero es preciso amar antes—decíame mi amigo.

Y ahí estaba la enigmática mujer rubia.

Con la agilidad de una prestidigitadora ella oprimía entre sus dedos, dándole la forma de una pequeña flor, un rojo pañuelito.

—Es la señal convenida—advirtió mi amigo.

Y me contó que en este poblacion rural y eclesiástica, donde las beatas graznan como cornejas y van enredando en las cuentas de sus rosarios los milagros y la vida de todos

COMPRA Y VENTA DE MUEBLES

Nuevos y de segunda mano,
en la conocida mueblería de

ENRIQUE GOMEZ



Frente al Teatro América
AVENIDA CENTRAL

los vecinos, no hay telegrafía de amor más eficaz que la de los pañuelos. Así como en la marcha de un tren por un nocturno camino peligroso, hay el pañuelo blanco de la confianza, el amarillo del temor, el rojo que anuncia las noches apasionadas.

Duerme todo el pueblo su provincial sueño y mi amigo penetra en la casa de la enigmática mujer rubia.

—Su marido es hombre terrible, pero pasa casi todo el tiempo en una hacienda entre sus peones y sus jaurías de perros bravos. Es entonces cuando se iza en la ventana el pañuelito rojo.

¡Viva esta sangrienta flor de amor que nos empinamos para alcanzar y gustar, alta de voluptuosidad y misterio, con el impulso de nuestros adolescentes sentidos! Era lo más hermoso que entonces nos ofrecía el mundo.

—Cuando usted vaya al Trópico—continuó diciendo mi amigo—desconfíe de ciertos hombres silenciosos cuyo veneno se guarda en frialdad o rústicos refranes, y que también los produce la tierra como las culebras. Suelen ser los más peligrosos. Aquel era un hombre disimulado que proyectaba en torno suyo un poder obscuro. Contaría muchos episodios de vida regional si recordara como en la muerte de un su amigo político, (allí donde la política es convulsionada y primaria como el clima) se vió la escondida mano suya; y otra vez, hombres que estaban a su servicio se apostaron en un camino nocturno a esperar al hacendado con quien tenía un pleito de aguas. Bastó a la infeliz víctima un solo perdigón, venido de entre las matas, como a los pájaros. Pero la Justicia local no es competente para esclarecer tan turbias cosas, y respeta como todas las justicias a quien posee una gran hacienda, dinero y servidumbre.

Nuestro hombre viene a la ciudad y pasea un vientre orondo, unas orejas peludas y unos

ojillos pizarrosos e indescifrables, donde se agazapan todos los designios.

Tenía don Esteban un extraordinario prestigio vernáculo. Quizás era sólo un sensual como casi todos nuestros hombres, pero equilibrado por la codicia y por un instinto frío y afilado como un cuchillo.

Confesó que mi amada y yo le teníamos miedo. En su carácter todo se hundía entre la paja brava de los campos.

Vivíamos un momento en que no nos importaba morir de amor. Casi lo deseábamos, ciñéndome la mujer rubia como una llama, y siendo yo perfumado leño de holocausto. Daríamos a esa ciudad tan adormecida el espectáculo de una tragedia romántica. Todo estaba contra nosotros: las costumbres, la moral, la pequeñez de aquella vida contra la cual rebotaban como en un muro sordo, nuestras pasiones. Fué entonces cuando leímos ese episodio de Francesca de Rimini. Como los amantes medioevales del poema, no advertíamos junto a nosotros sino espacio cerrado, férreas rejas, dueñas vestidas de negro, la mano fría que viene avanzando, de un sacrificador. Ella—la mujer rubia, era toda "tremante" como Francesca de Rimini. Yo estaba ensimismado de amor, como Paolo. Noté en mis experiencias de aquellos días que todo hombre realmente enamorado pierde su capacidad de reacción y puede descender a la muerte como por una escalera nocturna y con los ojos vendados. Pero ya rota toda voluntad, aspirábamos a una tragedia patética. Es lamentable nuestra educación romántica. Y en aquellas noches perforadas de ruidos, de sobresaltados rumores, de la irritada zozobra de una temperatura caliente, nos acurrucábamos para esperar la tragedia que llegaría derrumbando las puertas. Transcurría un rato, y nos volvíamos a amar en la fatiga, en el desesperado atosigamiento de nuestros cuerpos. Presto, presto, que ya sería la última vez. La almohada como una tela milagrosa, quedaba estampada de la presión de su frente. Veía opacar y arrugarse la seda de sus ropas como un ramo de flores marchitas. Su piel pasaba de un color de herida a otro color pálido y exangüe. Apagaba la luz y yo salía en puntillas a un patio de agua susurrante y de nevadas begonias, donde esperé muchas veces el asalto de la tragedia. Después eran las calles de la ciudad provinciana, inmóviles en la madrugada, y la soledad de mi cuarto.

Pero otra vez habían transcurrido tres días sin verla. El pañuelito de la invitación no flameó en su ventana. Una criada cómplice me trajo un apremiado papel: "Mi marido llegó del campo. Cuidado".

Fueron tres días y tres noches. Don Esteban—me dijeron—había venido de la hacienda a vender su cosecha y a registrar la compra de unos nuevos terrenos. Ya es don Esteban, sin disputa, el agricultor más poderoso de la región.

Para un vestido elegante

La Sastrería Grant

La que frecuenta la gente de gusto

SITUADA 100 VARAS AL ESTE DEL TEATRO AMERICA

Tres días y tres noches. Entendí entonces la herida sedienta que abre el amor. En el mundo tan vasto yo era solamente, un hombre con amor. Me paseaba sin rumbo por las calles penumbrosas de la pequeña ciudad. Entraba a beber un trago en una taberna. De las calles del arrabal me llamaban las prostitutas, esta prostitución triste de ex-sirvientes y ex-campesinas, que es la prostitución provinciana. Mañana: esperaba el mañana como una luzcita en el horizonte.

Pero al cuarto día... Ocurrirían tan inexplicables cosas antes de ese cuarto día. Sé que ella está muerta; que la descubrió la mañana, definitivamente dormida y definitivamente pálida, apretando contra los dedos rígidos un papel de nerviosa escritura.

—¿Don Esteban?

Don Esteban no sabe nada. La sintió levantarse en la noche. Fué por un poco de valeriana. Estaba muy nerviosa. A don Esteban, buen hombre de campo, lo toma un sueño invencible. El papel que ella tenía en las manos era brevísimo: le cansaba la vida y pedía para sí la responsabilidad de aquella muerte.

Don Esteban no parece dudar de su mujer. La duda alteraría sus buenos negocios. Viste para tan grave ocasión una de aquellas mal cortadas y negras levitas provincianas, que sólo tienen un empleo fúnebre. Saca su ancho pañuelo del bolsillo y un refrán de los ásperos labios.—Es preciso resignarse—es la frase cristiana de don Esteban. Los hombres como él carecen de remordimientos.

Funerales. Campana mayor. Un propietario como don Esteban hace a su mujer solemnes exequias. Un cura gangoso blande el hisopo y pronuncia esas palabras tremendas de la resurrección de Lázaro: "Lázaro, resucitasti a monumento faetidum".

De nuevo ando por la ciudad. Trascurren para mí los días, sin línea ni color, envueltos en una densa materia amodorrada. Y como no tenía vocación de cura o ermitaño, salí de mi casa y emprendí la peregrinación del mundo. El trópico tiene malos climas y tupidos paisajes y tierras y mujeres devoradoras, para expiar un amor. Hasta que por fin

la vida también nos exprime y avienta hacia la muerte, hacia la imposibilidad, como un limón estrujado.

—Ya le dije a usted que venía a morir a Nueva York.

(Concluirá en la entrega próxima.)

INDICE



LIBROS NUEVOS:

- Max Aub: *Espejo de avaricia, Caracter.* (en tres actos y siete cuadros)... 7.00
- Luis Alberto Sánchez: *Raúl Haya de la Torre o el Político.* (Crónica de una vida sin tregua)... 5.00
- Teófilo Olea y Leyva: *La socialización en el derecho.* (Ensayo de una teoría general de las funciones)... 2.00
- Agustín Aragón Leiva: *La Ciencia como drama.* (Ensayos de estética y filosofía de la ciencia)... 2.00
- Pablo Neruda: *Residencia en la tierra.* (Diez años de poesía. 1925-1935). 2 Vols. 12.00
- Dr. Gustavo A. Rodríguez: *Doña Marina.* 2.00
- Fernando González: *El Remordimiento.* (Problemas de Teología moral)... 4.50
- Alberto Guillén: *Cancionero.* 2.50
- Federico García Lorca: *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías.* 2.50
- Ramón Gómez de la Serna: *Los muertos, las muertas y otras fantasmagorías.* 4.00
- Pablo Neruda: *El habitante y su esperanza.* Novela... 2.00
- Las mejores poesías para la declamación.* (Berta Singermann) 3.00
- Jorge Carrera Andrade: *Rol de la Manzana.* (Poemas)... 3.50
- Carlos Urquieta Santander: *Diccionario de medicación herbaria.* (La Botica en el jardín)... 3.00
- Manuel Marsal: *Puerto Rico en la línea.* *Contra la intervención en Cuba.* 2.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

una imagen sorprendente a un giro inesperado o una observación curiosa, sin sobresaltos, deslizándose liviana y bien anillada, con sonriente fluidez.

La ironía está siempre al fondo. Una ironía plástica como la de Eca de Queiroz, bajo una mirada superior que levanta los detalles y que jamás insiste ni muestra demasiado la intención burlesca. Es una manera de ver el mundo, una emanación profunda del temperamento que se confunde con la poesía y cae sobre la observación vigorosa de los contornos.

Las figuras principales o episódicas surgen vivas desde la dueña de la casa de pensión hasta los huéspedes de su "Registro" o las siluetas que van encajándose en los recuerdos de los personajes. Picón-Salas emplea el sistema proustiano de las reminiscencias y la visión directa en el alma del individuo, sabe materializar admirablemente los recuerdos, y todo le sirve para caracterizar, para describir y ofrecernos dentro de un cuadro una miniatura, y dentro de ésta, una pincelada más fuerte que forma el centro y equilibra toda la composición, proporcionando las partes con imperceptible justeza.

Véase al "distinguido correligionario" que una noche de luna fría se decide a referir su historia:

"Hay en lo más escondido de su alma un fondo de paisaje donde están esos parientes rurales que viven en un caserón de provincia, donde el vino del año fermenta en rosadas tinajas y las mujeres cosen bajo las parras. Los hermanos que se quedaron allá vuelven del campo en sus caballos, hablando unas palabras lentas como la tierra. Venden su cosechita de trigo, sus arrobos de vino y cuentan celosamente las monedas. Cuando se les paga en billetes, humedecen de saliva el dedo índice y repasan desconfiados su legajo. Todavía dudan de que aquellos papeles que la ciudad manda al campo constituyan valor fiduciario. Son astutos, proverbiales, están a la defensiva, como los zorros de la montaña".

Tomamos un ligero episodio, un detalle incidental; pero ¡qué colorido, qué movimiento, qué realismo y qué luz en aquellas pocas palabras: las mujeres cosen bajo las parras! El observador de las costumbres, el pintor de la

Mariano Picón-Salas y su "Registro de Huéspedes"

Por ALONE

= De La Nación. Santiago de Chile. 1.º de julio de 1934 =

Los lectores de "Mundo Imaginario" y de "Odisea de Tierra Firme", esas ligeras y graciosas fantasías y relatos que Mariano Picón-Salas echó a volar en 1927 y 1931 respectivamente, no podían conformarse con que el autor hubiera descendido después al mundo verdadero y quisiera abarcar gravemente la América en un lenguaje ideológico y una filosofía abstracta.

Bueno es que el hombre "abra el compás" y amplíe el círculo de sus percepciones; pero el poeta que piensa demasiado, corre serios peligros. Cada cual nace con su destino. Hay quienes salen visiblemente de su terreno al abandonar la invención artística o la observación desinteresada de los hombres y las cosas. Ahí están el problema de la vocación y la sabiduría de "conocerse a sí mismo".

Con "Registro de huéspedes" (Nacimiento, Santiago, 1934) nos parece que Picón Salas vuelve a su cauce natural, enriquecido por

los aportes de la experiencia, dueño ya y señor de sus caudales que son copiosos.

Pinta cuadros, describe interiores, estiliza ambientes y narra vidas de personajes con una soltura placentera y una fruición eminentemente comunicativa. Maneja el idioma de mano maestra, hace jugar los adjetivos violentándolos apenas, lo suficiente para descubrir matices nuevos, y su frase nos lleva de

Taller ELECTRICO MECANICO de OSCAR THOMPSON

Reparación de Cocinas y Transformadores

25 varas al norte de la Botica "La Dolorosa"

FABRICA DE MUEBLES

TALLER DE

Carpintería y Ebanistería

Fábrica de Puertas y Ventanas,

Trabajos Garantizados,

Precios Módcos

ENRIQUE VALLE

PIE DE CUESTA DE MORAS

EL BUFALO

50 vs. al Sur de la Cantina "El Cometa", San José

Ordene sus trabajos a esta

ZAPATERIA

donde será bien atendido.

ESPECIALIDAD EN CALZADO FINO

PRECIOS BAJOS

naturaleza y el poeta se han unido para darnos lo mejor de sus frutos.

La mirada pictórica del autor no tiene sino que posarse sobre los objetos: hasta el más humilde le entrega alguna belleza.

Y así recorre varios países.

Tras las estampas de Chile, tenemos dibujos de Nueva York, aguasfuertes de Venezuela, caudillos y guerreros de la sabana, óleos del trópico y nítidas acuarelas de otras regiones.

Ninguna tendencia ideológica visible. ¡Qué descanso! El artista ocupa el puesto que le corresponde, por encima de las divisiones; y así piensa y hace pensar mucho mejor.

Hemos nombrado a dos autores muy distintos y muy distantes: Eca de Queiroz, Marcel Proust. Mariano Picón-Salas trae el recuerdo de ambos. Evoca al uno por la ironía básica, fundamental, incorporada al cuadro, al color, al adjetivo, al personaje, inseparable de la materia descrita y que forma con ella una sola masa, sin juego de ideas ni de palabras. Y también por el equilibrio liviano de la composición en que el portugués era maestro. Al otro lo recuerda frecuentemente en esas enumeraciones como impregnadas de ensueño, muy reales, muy precisas, al parecer inconexas y que se funden por la atmósfera en que están bañadas, y que son tan ricas de sugerencias, de visiones lejanas, de rumores y sabores difusos, dentro de un ritmo amplio, un poco suelto.

Son dos grandes nombres que como asociados y evocados en este libro, honran al autor.

Cansancio mental Neurastenia Surmenage Fatiga general

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual
dice el distinguido Doctor
Peña Murrieta, que

'presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos se-
vera y científicamente'

El último libro de Mariano...

(Viene de la página 56)

no, Matías Salazar. Llega a ser hombre adinerado e influyente en el gobierno del General Guzmán Blanco. Sin embargo, se decide a hacer la guerra. ¿Por qué? Ni él mismo lo sabría explicar. «Matías Salazar no quiere nada; cuando está cómodo le hacen falta las privaciones; cuando vive en la ciudad añora la estepa. Una voluntad de tragedia le aprieta en sus nudosos bejucos. Y este pobre Matías es cazado como un pobre animal, como una bestia demoníaca y agobiado de tris-

teza por las tropas de Guzmán Blanco». Sirve esta pequeña novela de la guerra civil para reconstruir el clima de esos hombres tenebrosos que en la historia de nuestros pueblos, tomaron el mando porque acaso nacieron para el mando.

Es pues, un gran acierto este nuevo libro de Mariano Picón-Salas. Esperamos este año con interés otras dos obras suyas: **Intuición de Chile**, libro de ensayos y **Travesías de un hombre sin plata**, novela larga.

Polidoro Arellano Montalvo: *Para la escuela, para la vida, por la vida*. Ambato. Ecuador 1935.

A. Arias Larreta: *La baraja del cholo* (Poemas). Buenos Aires. 1935. Edit. «Indoamérica».

Oscar U. Pinis: *Hatuey* (Poema). Versión de Andrés de Piedra-Buena. La Habana 1935.

Con O. U. Pinis: Jesús María 75. La Habana, Cuba.

Julio Saavedra Molina: *Los hexámetros castellanos y en particular los de Rubén Darío*. Prensas de la Univ. de Chile. 1931.

Con el autor: Santo Domingo 2127. Santiago de Chile.

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las Casas editoras).

Señalamos:

Chester Lloyd Jones, Prof. de Ciencias Políticas y Económicas en la Universidad de Wisconsin:

Costa Rica and civilization in the Caribbean. Univ. of Wisconsin. Madison. 1935.

Es el No. 3 de los Estudios de Ciencias Sociales e Históricas que publica la Universidad de Wisconsin.

Ricardo Fernández Guardia:

Cosas y gentes de antaño. Edit. Trejos Hnos. San José de Costa Rica. 1935.

Anastasio Alfaro: *Investigaciones científicas*. Edit. Trejos Hnos. San José de Costa Rica.

Cortesía de los autores:

Ventura García Calderón: *¿Cómo era aquel español?* Madrid 1935.

Victor Ml. Cañas: *Martí o de la Patria*. No. 30 de *La Escuela costarricense*. San José de Costa Rica, 15 de Junio de 1935.

J.M. Yepes y Pereira da Silva: *Commenaire theorique et pratique du Pacte de Societe des Nations et des Statuts de L'Union Panamericaine*. Tomo II (Art. 11 a 17). Paris. Editions A. Pedone. 1935.

José Díaz Bolio: *El Mayab resplandiente*. Poemas legendarios. Edit. «Nuestra Raza». México. D. F. 1934.

Con el autor: Colima 257-2. México. D. F. México.

Garage Penón

TELEFONO 2061

Av. 10. Al Oeste de El Pelayo.—San José.

En este taller reparamos totalmente su auto o camión, a dejarlo completamente nuevo, se lo pintamos con elegancia, le cambiamos el capote y le arreglamos el tapiz. Nuestro lema es

BUEN TRABAJO Y PRECIO MODICO

La Sección de Archivo, Biblioteca y Canjes de la Secretaria de Relaciones Exteriores de El Salvador, nos remite el tomo primero de las

Obras completas de Alberto Masferrer. San Salvador, 1935.

El Sr. Ministro de Chile en Costa-Rica nos ha remitido:

Informes y Trabajos (3 Vols.) de la Misión Educativa Chilena en Costa Rica. 1935. San José Costa Rica, 1935.

Conteniendo:

Vol. I: Luis Galdames: *Informes*. Arturo Piga: *Educación pre-escolar*.

Oscar Bustos: *Educación Primaria y Normal*.

Vol. II: Arturo Piga: *Educación secundaria*.

Luis Galdames: *Educación teórica*.

Vol. III.: Luis Galdames: *La Universidad autónoma*.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

(Libro de Manuel Baena.
Murcia, España, 1932. Tip. Mi.
Arenas Apóstoles.)

Es este un libro de dolor y de miseria! Es también una enseñanza de lo que puede un hombre decidido, cuya voluntad como proyectil que nada detiene, va derecho a su objetivo. En sus páginas nos relata Manuel Baena, negro colombiano, de Antioquia, la historia de su vida, desde que vino al mundo, destinado a ser carne de peón, hasta que salió de los claustros universitarios con su diploma de Ingeniero.

Por supuesto, el caso de Baena es el caso de todos los colombianos pobres, de clase humilde, porque en nuestro país, tan católico, muy lejos estamos de tener ese altruismo que es pura caridad cristiana y que tanto florece en los más de los países de origen protestante.

Baena, según lo relata él mismo, con un valor y con una franqueza sin iguales, siempre citando nombres propios, por todas partes, con excepciones rarísimas, sólo encontró egoísmo, explotación, miseria y hasta una brutalidad espantosa entre las gentes de su propia clase.

Y qué significa todo esto? Ignorancia suprema; falta de cultura entre nosotros y lo que pasa en Colombia, pasa en todos los países de la América nuestra, en donde el peón, la carne de jornal, la carne de cañón, entregado a los más brutales vicios, consume su vida entre las más deplorables condiciones morales y materiales, sin que los que hacen literatura y política, en contubernio lamentable, se ocupen de mejorar semejante estado de cosas.

No sospechamos cómo la crítica acogerá en Colombia este libro extraordinario, porque extraordinario es que un peón, que un negro de los nuestros, en lucha contra la ignorancia y miseria de su medio, sin contar con nada ni con nadie, con una constancia heroica, se eduque, corone una carrera profesional y luego, en letra de molde, relate las experiencias de su vida.

Por otra parte, Baena mismo es un ejemplo singular de energía y constancia. Prueba él que querer es poder, por más grandes que sean los obstáculos que se presenten. Este negro ambicioso y valiente, es un ejemplo para todos los colombianos y su caso debe de avergonzar a muchos de los señoritos que, con medios de fortuna, son incapaces de coronar una carrera y de corresponder a las aspiraciones de sus familias.

Muchos tal vez, con aquel refinamiento postizo de ciertos críticos, condenarán el crudo realismo de Baena, pero nosotros lo aplaudimos, porque así, hablando descarnadamente, es como pueden mostrarse nuestras enormes y horrendas llagas sociales!

Nuestro país, un país con tan gran porcentaje de analfabetas, de

“Cómo se hace ingeniero un negro en Colombia”

Por ENRIQUE NARANJO MARTINEZ

= Envío del autor. Boston, U. S. A. Diciembre de 1932 =

negros y de híbridos, está desgraciadamente regulado por leyes que fabrican literatos y políticos adocenados, que legislan como para países cultos, como si ya nada hubiera que hacer por lo bajo y que se engañan maliciosamente o adrede cierran los ojos a las realidades y problemas de nuestra vida nacional.

Cuando estuvimos en Colombia, hace pocos años, con la mayor preparación que dan los años, la lectura constante de asuntos sociales y la atenta observación de un medio mejor organizado, nos sorprendió penosamente la crueldad que en todas partes vimos con los animales y con los niños, no sólo con los niños del pueblo, sino aun con los de las clases medianamente acomodadas.

En las ciudades por donde pasamos, ocasiones constantes tuvimos de oír los alaridos de niños cruelmente azotados. En las calles centrales de nuestra misma capital, vimos niños de tierna edad, ateridos de frío, estrujados, casi arrastrados por unas madres crueles y aquel espectáculo parecía que no impresionaba a nadie. Una noche, cruzando uno de los suburbios de la ciudad, con espanto oímos el diálogo de unas mujeres del pueblo, que con las canastas en la cabeza iban camino de la choza: “Ahora, decía una de ellas, llego al rancho y los mocosos me esperarán llorando y diciendo que tienen hambre. Ay!, decía la hiena aquella, es que me provoca ahorcarlos uno por uno!” Pobres niños, me dije y pobre pueblo!

Hay una cosa en el libro de Baena y son las revelaciones que hace de cómo viven los peones en los cafetales y minas de Antioquia. Aquello es pavoroso y casi estamos ciertos de que si se han modificado las condiciones, la situación actual no será muy feliz. Y, sin embargo, contra las compañías extranjeras que, justo es decirlo, fueron las primeras en Colombia en elevar los salarios y establecer buenos hospitales para la peonada, es que cierta prensa agitó la opinión nacional y a la sombra de esto se hicieron célebres individuos que deberían estar en presidio.

También, cuando el famoso debate de la “Degeneración de la Raza” en que, como en la mayoría de las cosas nuestras, no se llegó a deducciones prácticas de ninguna clase, la discusión giró alrededor de los enchichados del altiplano, olvidando las peonadas de las minas y los cientos de miles de gentes ignorantes y humildes que viven desamparadas en los brazos de los

grandes ríos y en las soledades de nuestras llanuras y montañas.

El libro de Baena es como la protesta de un rebelde que en cierto modo se resigna a su pasada suerte. Sin decirlo, tal vez, escribe para mostrar al desnudo nuestras deficiencias, para que se corrijan esas tantas miserias y hagamos de nuestro pequeño mundo un mundo mejor. Es un libro que nuestros sociólogos deberían leer y ojalá que su lectura empuje iniciativas como la que yo he venido insinuando al ilustre amigo, doctor Jorge Bejarano, de fundar en nuestra patria una Liga Nacional de Prevención contra la crueldad con los niños. Abundante semilla de esta clase la necesitamos en Colombia.

Baena tiene en ciertas partes de su obra brochazos magníficos. En toda ella revé a amor por la madre humilde que, ignorante como era, supo empujar al muchacho a la escuela, no sabemos por qué inspiración. Y, como dije al principio, en todo el libro se palpa nuestra poca caridad cristiana, nuestro escaso altruismo. Qué duros somos con el pobre, con el de más abajo; qué duros los pobres entre sí y qué serviles todos con el que tiene escasos reales o unas pocas influencias!

En la página final del libro, dice Baena: “Mes de Agosto, miércoles 1º Hoy he ido a la Facultad a ver al Rector, pero éste no quiere acceder a que se me conceda el Grado sin antes haber consignado los derechos de tal en la Secretaría de la Facultad”.

Qué horror! y qué contraste con lo que pasa en un país como este, no tan católico. Aquí, a un estudiante pobre, aventajado, no se le cierran las puertas de ningún instituto. Por años tuvimos entre los compañeros de trabajo en la oficina a una señorita graduada en Boston University que carecía de recursos para sus gastos de colegio y el día en que por tal motivo fué a notificar su retiro al Deán de la Universidad, éste, sin aire de favor, sin humillarla en lo más mínimo y muy al contrario llenándola de elogios, le dijo: Eso, nunca! Usted continuará en la Universidad hasta que obtenga su grado y luego pagará cuando pueda...

En el Instituto Tecnológico de Massachusetts, me consta que a varios muchachos colombianos que se han visto por una u otra razón en dificultades pecuniarias, no obstante el hecho de ser extranjeros, el Instituto les ha hecho préstamos considerables para que no malogren sus esfuerzos y pierdan años de estudio.

Y en Colombia, tan católica, un humilde hijo del pueblo, un estu-

dante heroico, digno de admiración y de estímulo, antes que generosidad y simpatía, encontró la más de las veces egoísmo frío, crueldad y mercedes humillantes.

Y los hombres del gobierno, los de las nóminas crecidas que creen que el país es de ellos y que en sus puestos están para hacer política y repartir favores, no son, según el libro de Baena, más que palpable demostración de nuestros vicios burocráticos. El que esto escribe, hace muchos años desempeñó en Bogotá, siempre con honor, varios puestos administrativos y recuerda con disgusto las intrigas de los políticos en todos los Ministerios y la repartición inconsiderada de los empleos entre parientes y protegidos de ellos, los más sin preparación ni capacidades para poder servir bien el puesto que se les confiaba. Recuerda también a un hirsuto personaje de la Montaña, hombre pequeño de estatura pequeña, ojos oblicuos, que acusaban su ascendencia indígena, de pies grandes y unos bigotes de los llamados allá “cola de yegua” y todavía se lamenta de la inspiración que tuvo un día de acercarse al Ministro ese en asunto que le interesaba, pues la modalidad de aquel “servidor público” era un insulto a la decencia de quien lo necesitaba.

Qué cruel, pues no será la vida para un humilde muchacho minero, que llevado de su ambición y cubierto de harapos, con el estómago vacío, llega a la capital confiado en la generosidad y altruismo de semejantes malandrines!

Con todo, y sin arrancarse las espinas que Baenas lleva en el alma, pasa una esponja de olvido a sus recuerdos doloridos y cierra su libro con este aparte:

“Si Colombia me dió vida, Murcia me ha dado un poco de paz. Salve a ambas puesto que ambas son hermanas y ambas me han sabido dar algo!...”

Efectivamente, nuestro compatriota trabaja en la bella ciudad andaluza de Murcia, como Ingeniero de la Confederación sindical Hidrográfica del Segura y en carta reciente me decía: “Aquí me tiene trabajando como ingeniero, sin naturalizarme español y tan colombiano como el que más”. Y sin renegar de su sangre negra, agregoyo, con lo cual da también otra gran lección de sensatez a nuestros aristocráticos híbridos, que antes que honrar la sangre que llevan, reniegan de ella, vuelven sus espaldas al pasado y falsifican la verdad de su origen. Y con mentiras y falsificaciones no se ha fundado ninguna dinastía, sino con méritos sólidos.

Yo soy quien soy, dice nuestro compatriota Manuel Baena y por eso ha titulado su libro “Cómo se hace ingeniero un negro en Colombia”. El sabe que lo que cuenta entre gentes de valía es cultura, que los méritos brillan por sí solos y se imponen en todas partes a los hombres de talento y de bien!